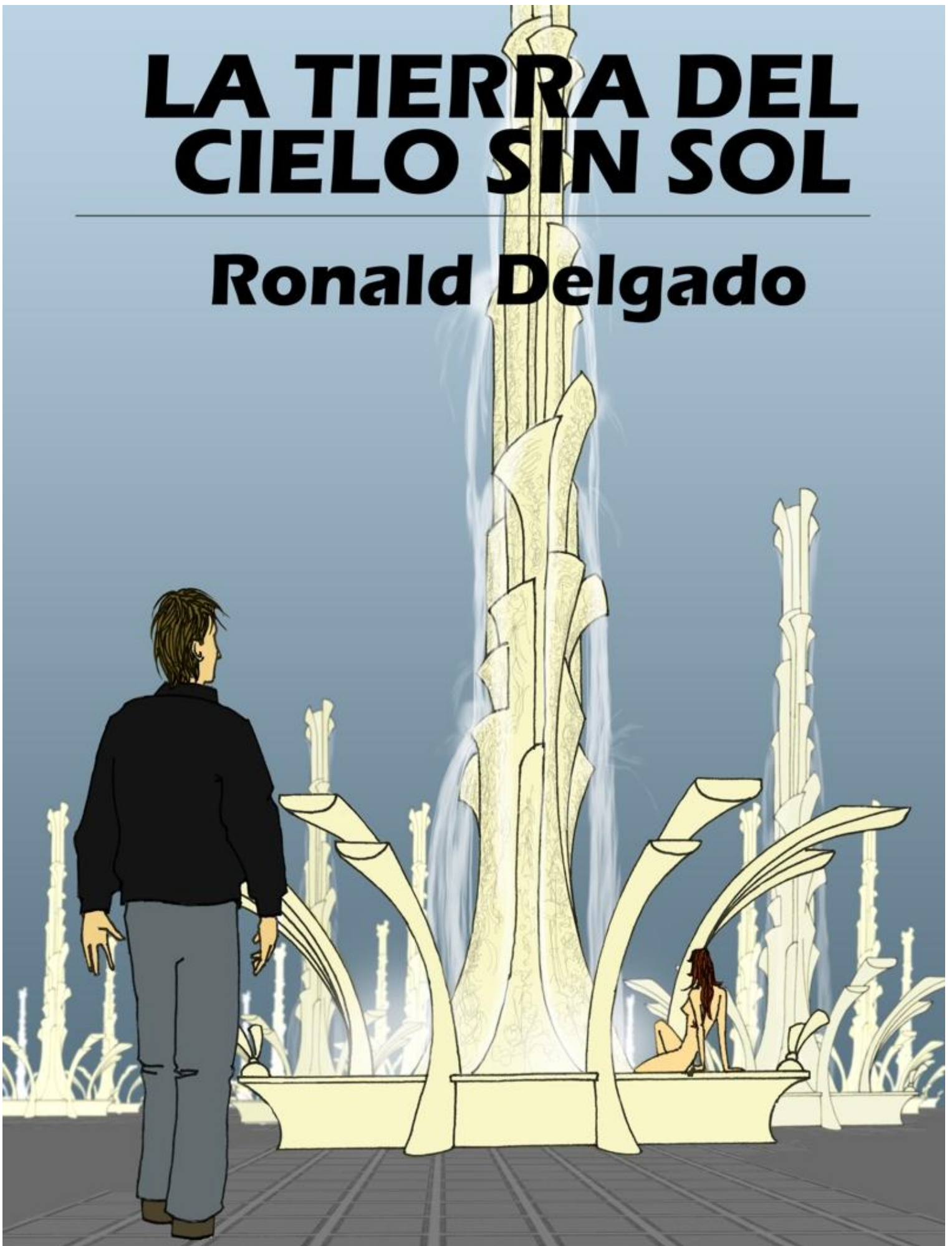


LA TIERRA DEL CIELO SIN SOL

Ronald Delgado



La tierra del cielo sin sol

Autor:

Ronald Delgado


Ilustración de Portada:

Juan Raffo

Contacto:

ronalddelgado.wordpress.com

latierradelcielosinsol@gmail.com

 @rdelgadoCF

La tierra del cielo sin sol, de Ronald Delgado
se publica bajo una **Licencia Creative Commons:**
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported



Puede leerla completa siguiendo este enlace:
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>

Caracas, Venezuela.
Enero, 2012

RONALD DELGADO

La tierra del cielo sin sol

INTRODUCCIÓN

Este libro es un experimento.

Lo creo así por dos razones: en primer lugar, el lector encontrará en estas páginas una selección de relatos que (quizá con la excepción de *Primer contacto*), son sin lugar a dudas historias de fantasía. El asunto está en que me considero, sobre todas las cosas, un escritor de ciencia ficción. De modo que los cuentos que componen este libro representan mi propia perspectiva y acercamiento al género fantástico.

Y es que, después de todo, siempre ha existido una relación histórica y conceptual entre la ciencia ficción y la fantasía. Bastante se ha discutido sobre dónde termina una y comienza la otra, o qué tan difusa es la línea que las divide.

En mi caso, tengo una opinión bien marcada y definida sobre las diferencias entre cada una, y aunque mis gustos literarios casi siempre me hacen dirigir mi narrativa hacia los cánones de la ciencia ficción, me resulta también natural el atreverme a navegar, de vez en cuando, en las vastas y hermosas aguas de la literatura fantástica.

Estas páginas representan una muestra del resultado de tal atrevimiento, y con humildad espero sean del agrado del lector. Ojalá encuentren en este ensayo narrativo la calidad suficiente como para disfrutar el viaje (como fue mi caso) junto a los personajes, parajes y situaciones que gustosamente imaginé y plasmé en la forma de relatos.

Como segunda razón que hace a este libro un experimento, está el mecanismo de publicación y distribución que decidí probar para ponerlo a la disposición de los lectores.

Además de escritor, soy físico, y puedo afirmar que la curiosidad, la imaginación y la necesidad de la experimentación han sido siempre un aspecto fundamental en mi vida tanto personal como profesional. Por esa razón, quise armar un libro de cuentos, distribuirlo gratuitamente y promocionarlo en las diferentes redes sociales, listas de correo y demás medios electrónicos. El objetivo: intentar conocer el alcance de tales medios, entender la receptividad de los formatos digitales en la literatura, y crear un canal de comunicación directo con el lector a fin de recibir retroalimentación en el proceso.

Bajo tales premisas, mi invitación a los lectores es que se sientan en total libertad de descargar, reenviar, compartir y recomendar este libro, por supuesto, siempre citando a la fuente.

Si les gustó lo que encontraron en los textos, si la prosa les cautivó o los transportó a mundos de colorido inimaginable y las anécdotas revolotearon en su mente durante horas o quizá días después de haber leído los relatos, háganme saber sus generosos comentarios escribiéndome con toda confianza a *latierradelcielosinsol@gmail.com* o a mi cuenta de twitter *@rdelgadoCF*, o visiten mi blog *ronalddelgado.wordpress.com*.

Si en su lugar odiaron mi osadía de escribir relatos de fantasía y consideran que por respeto a la humanidad y a los grandes maestros del género debería flagelarme del arrepentimiento, pues descarguen toda su ira conmigo y denme su opinión y puntos de vista sobre lo que les disgustó de la obra que tan amablemente les hizo perder el tiempo. Señalen los errores que se me hayan escapado, o resalten las debilidades que encuentran en cada texto.

Cualquiera sea el caso, agradeceré enormemente la oportunidad que me brindaron al tomarse la molestia de leer mi narrativa.

Por último, debo extender mi agradecimiento al ilustrador caraqueño Juan Raffo, quien aceptó mi solicitud de participar en esta obra y puso en práctica todo su talento al realizar la alucinante ilustración de portada de este libro.

Sin más que añadir, los dejo con esta pequeña muestra de mi trabajo, a la espera de sus valiosas impresiones. Mientras tanto, seguiré soñando, imaginando y creando esos lugares y personajes de ciencia ficción o fantasía que hacen de la escritura una experiencia como casi ninguna otra en este mundo.

Ronald Delgado
Enero, 2012.

PRIMER CONTACTO

Durante décadas, el cine de Hollywood nos lo había mostrado siempre de la misma manera: gigantescas y amenazantes naves de formas ahusadas o circulares se cernían sobre ciudades enteras trayendo consigo destrucción y muerte. Ya fuese con chorros de plasma incandescente, legiones de minúsculas aeronaves cazadoras o bien ejércitos de criaturas insectoides o antropomórficas, la humanidad resultaba finalmente subyugada por la superioridad tecnológica y el perenne espíritu bélico de los extraterrestres.

Y quizá por esa predisposición cultural inducida, más que por la imagen misma del objeto que descendió del cielo en ese momento, fue que media población de la ciudad de Caracas se paralizó con el rostro en alto y los traseros húmedos, mientras el resto desató el caos y la anarquía propia de los seres inteligentes. La nave, un coloso blanquecino más bien ovalado y de superficie sinuosa, coincidía con las películas al menos en lo que a tamaño se refería. Todos los edificios en un radio de una docena de cuadras fueron cubiertos por la serpenteante sombra que poco a poco oscureció tanto las calles como los corazones de los indefensos humanos que desde allí observábamos.

En mi caso, el evento me atrapó al final de la tarde, a la salida de la Universidad Central apenas a unos pasos de la puerta sur de la Facultad de Ciencias. El súbito chirriar de los vehículos, los gritos repentinos de los transeúntes y una miríada de dedos índices apuntando al cielo fueron los que me hicieron levantar la vista para enfrentarme con el impactante descubrimiento.

Inmerso en una atmósfera enrarecida, un escalofrío incómodo recorrió todo mi cuerpo, y si bien pude controlar el esfínter debo reconocer que mi reacción inicial fue sentir un profundo miedo. Luego que la adrenalina y el temor pasaron un poco, pude comenzar a pensar de una manera racional a fin de procesar todo lo que estaba sucediendo. A mi alrededor, centenares de personas histéricas corrían a lo largo de la avenida Los Ilustres, mientras los conductores frenéticos hundían sus manos en el claxon y trataban de pasar entre y encima de los demás vehículos y peatones en busca de refugio. Presas del terror y la desesperación; hombres, mujeres y niños caminaban despavoridos gritando y llorando a cántaros, mientras otro poco, entre ellos mi persona, nos manteníamos quietos atentos a los sutiles movimientos de la nave.

Muy silenciosa para su tamaño y aspecto, se acercó a la superficie durante largos minutos hasta detenerse en algún punto seguro sobre el más alto de los edificios cercanos. Entonces una serie de líneas finas y luminosas se dibujaron en el exterior del objeto, trazando formas y símbolos irreconocibles, hasta que la oscuridad que había cubierto a la ciudad fue sustituida por un sobrenatural espectáculo de brillantes colores.

—¡Rayos! —gritó alguien en alguna parte—. ¡Nos disparan rayos, coño!

Y como un acto reflejo muchos lo acompañaron gritando, agachándose y tapándose la cabeza con las manos como si eso fuera a detener el poder destructivo que creían se avecinaba.

Pero no fueron rayos demoledores los que brotaron de la nave, sino simplemente luces. Tal vez su propósito no se limitaba al de iluminar, pensé. Era posible que se tratase de algún tipo de sonda electromagnética con la cual nos observaban y estudiaban. Con la cabeza aún en alto y la vista dirigida a los haces, caminé al fin en dirección este de la avenida para tener una imagen más clara y completa de la nave.

Hasta donde alcanzaba mi mirada la superficie del coloso persistía en sus patrones luminosos, confundiéndose con la silueta de la ciudad al fondo en el horizonte. Daba la impresión que giraba alrededor de sí misma, pero ante su magnitud era difícil saber si se movía realmente o si se trataba de un efecto producido por el propio objeto, por la distancia, o por mi mente que en ese momento interpretaba a su manera lo que ocurría. Enseguida, un rumor suave y sostenido se dispersó resonando entre el concreto de los edificios y en el asfalto del suelo. El volumen del sonido fue aumentando, y consigo la atención que le prestamos los presentes. No pude precisar cuanto tiempo transcurrió desde que comenzó el sonido, pero al agitar la cabeza y mirar a los lados, noté que el caos y la anarquía reinantes hacía unos minutos habían cesado. Todos, de pie y con los ojos abiertos al cielo, miraban absortos y escuchaban la extraña canción que era difundida desde la nave. ¿Qué carajo? me pregunté, hasta cierto punto confundido por la ausencia de verdaderos rayos destructores, hostiles naves caza u horribles criaturas armadas hasta sus afilados dientes.

De pronto, los haces de luz se convirtieron en círculos multicolores que pintaron con manchas la superficie de la nave de un extremo visible al otro. Luego los círculos vibraron o se hicieron concéntricos, y comenzaron a llenarse de pequeños puntos ondulantes que poco a poco se tornaron lo suficientemente nítidos como para notar que en realidad se trataban de figuras que caían del cielo cual bonitos copos de nieve.

Al parecer los extraterrestres, marcianos, seres superiores o como quiera que se llamaran, estaban a punto de presentarse personalmente ante la humanidad.

Boquiabiertos, quienes allí estábamos retrocedimos unos pasos para dar lugar al centenar de figuras que se detuvieron justo a la altura de nuestros ojos. No había en ellos garras ni manos peludas, ojos saltones e intimidantes o pieles verdes y escamosas. Tampoco traían consigo objetos que pudieran considerarse de inmediato como armas. Por el contrario, los visitantes eran unos seres de unos cincuenta centímetros de estatura, con tres extremidades como piernas, dos brazos con manos de tres dedos y una cabeza alargada y roma en la punta. Un par de expresivas semiesferas oscuras parecían hacer de ojos, mientras una pequeña abertura a mitad de sus cabezas hacía de boca.

Su piel, o el traje que llevaban, aunque variaba en color según la criatura tenía un aspecto similar al malvavisco. Alrededor de lo que podía llamarse su cintura tenían colocado un anillo liso y brillante de color plateado o dorado, así como algunas otras formas geométricas casi transparentes que rodeaban sus cuerpos como accesorios. Por un momento las criaturas permanecieron levitando, un tanto alejadas de las personas, pero al cabo de unos minutos comenzaron a ganar confianza, dando volteretas de un lado al otro impulsadas por alguna fuerza inexplicable. El sonido que provenía de la nave cesó, y dio lugar a una multitud de registros graves y agudos que fueron emitidos por las criaturas como un extraño lenguaje. Entre secuencias de ruiditos y chasquidos, comenzaron a articular sonidos muy parecidos a la risa de los niños. Fue inevitable que las personas empezaran a sonreír y perder la tensión que invadía sus cuerpos.

Varios de los extraterrestres volaron justo frente a mí, vociferando en su melódico idioma y agitando las extremidades con desenfreno, dejando a su paso un aroma dulce y denso. Una mujer a mi lado, de pronto absorta en el cuerpecito que flotaba frente a ella, estiró su mano para tocarlo con la punta del dedo.

—Pero... —dijo—. ¡Pero si son lindísimos!

El extraterrestre correspondió el gesto y estiró sus brazos para tocarla a ella. Al hacer contacto, ambos retrocedieron dando un pequeño brinco como si hubieran recibido una leve descarga eléctrica, pero después lo intentaron de nuevo y completaron así su primer encuentro. Ante aquella imagen frunció involuntariamente el ceño, por alguna razón incómodo dada la repentina demostración de cariño “entre especies”.

—¡Qué simpático! —insistió la mujer—. Parece un muñequito... Y sus manos. Son suaves, como la piel de un durazno. Qué rico, creo que podría morderlo.

Y mientras veía cómo el dichoso muñequito se acercaba cada vez más a la mujer para intercambiar caricias, mi mente de pronto estalló con visiones de la figura y el rostro de mi esposa.

—¡Daniela! —exclamé, y con prisa busqué el teléfono celular en mi bolsillo.

Apreté la combinación de teclas del marcado rápido y luego el botón enviar. Con el auricular pegado al rostro, comencé a caminar en dirección este de la avenida pensando únicamente en el bienestar de mi esposa. Aunque el aparato indicó tener conexión y señal suficiente, simplemente permaneció en silencio sin establecer comunicación alguna. Gruñí para mis adentros e intenté un par de veces más, pero fue inútil. Preocupado, supe que debía volver a casa cuanto antes y reunirme con Daniela, pues estaba seguro de que tendría miedo a pesar del apacible comportamiento de los recién llegados.

Por supuesto, la opción de llegar a casa recurriendo al transporte público como solía hacerlo día a día estaba descartada. Con todas las vías trancadas y el alboroto reinante en las calles, la única opción era caminar muy rápido y estar atento a lo que ocurría en el trayecto. Por suerte, mi apartamento quedaba en Bello Monte, comenzando las Colinas, por lo que no era demasiada la distancia a recorrer desde la universidad. Bastaba llegar a Las Tres Gracias, subir hacia Los Chaguaramos y luego continuar caminando en dirección este por la avenida principal de Bello Monte o cualquiera de sus paralelas.

Satisfecho con la ruta a tomar, redoblé el paso y crucé la calzada de la avenida pues la acera del otro lado estaba despejada. Mientras andaba seguí insistiendo con el celular, así como observando lo que ocurría con los extraterrestres. Los seres continuaban cayendo del cielo, acercándose a las personas para interactuar con ellas. Varias veces sobrevolaron ante mí obstaculizándome el paso, pero sin mostrar interés me hice siempre a un lado. En aquel momento Daniela me era más importante.

Para otros, sin embargo, el temor se convirtió en curiosidad, y ahora muchos se reunían en grupos en medio de la calle para observar y comentar las travesuras de los visitantes.

—¡Mírenlos! —dijo un sujeto cuando pasé junto a una esquina de la avenida—. Miren como flotan. Se mueven como un colibrí. Creo que es el anillo que tienen en la cintura lo que los hace volar así.

—¡Qué va! —dijo otro—. ¿No ves que son como algodón de azúcar? Es el viento que se los lleva.

—No seas pendejo —replicó el primero—. Si tienen naves gigantes que vuelan y lanzan luces, ¿cómo van a dejar que el viento se los lleve?

—¡Es la nave la que los aguanta! –aseguró una señora a su lado—. ¿Acaso no han visto las películas? Los rayos son como ganchos de energía con el que suben y bajan carros y vacas y cosas así.

—Es verdad –indicó el primer hombre—. Pero cuando es así los rayos apuntan a lo que quieren subir. En cambio ellos andan por un lado y los rayos por otro...

—Comiquísimos –dijo la señora, para después soltar una carcajada y seguir platicando junto con sus acompañantes sobre las peculiares características de los extraterrestres.

Mientras tanto, las criaturas respondían con sus chasquidos y risitas divertidas.

¡Qué situación tan rara era esta!, exclamé para mis adentros. Todas las construcciones mentales de la humanidad en torno a civilizaciones avanzadas y vida en otros planetas parecían venirse abajo, de la mano de unos seres que bien podían ser sacados de una caricatura japonesa. ¿Dónde estaban las hostilidades que siempre imaginamos por parte de las otras especies? ¿O acaso era nuestra la naturaleza hostil y por ende esperábamos lo mismo de cualquier otra sociedad *inteligente*? Invasión por la duda y la paranoia, no pude evitar el preguntarme qué demonios querían o buscaban estos pintorescos muñequitos del espacio. Digo, al final siempre tramaban algo, ¿no es cierto?

Al caminar sin más pausas me tomó muy poco tiempo llegar a Las Tres Gracias. Allí, multitudes salían de las puertas de la estación del metro para reunirse con quienes compartían en la plaza como si de una fiesta se tratase. Noté que de un momento a otro el ambiente había cambiado por completo, y no era sólo el aire, ahora ligero y perfumado, sino la actitud y el comportamiento de casi toda la gente.

—¡Le entendí! –gritó una muchacha en la plaza señalando con entusiasmo a una criatura rechoncha y azul que levitaba frente a ella—. Entendí lo que dijo, o al menos lo que quiso decir.

—¿En serio, qué dijo? –preguntaron sus acompañantes.

Me detuve un momento para escuchar.

—Creo que... Gracias, y hola.

—¿Eso es todo? Nahhh....

Brotaron carcajadas y reclamos.

—¡En serio, fue algo así! –insistió la muchacha—. Déjenme escuchar de nuevo.

La criatura azul repitió su retahíla de chasquidos y supuestas palabras. La muchacha arrugó el rostro, se encogió de hombros y miró a los presentes uno por uno.

—¿Y? –preguntaron.

—Creo que dijo que... que tiene un regalo, o algo, para nosotros.

—¿Regalo? —cuchichearon las personas.

Y ansiosas por saber de qué se trataba continuaron en sus intentos de comunicarse con el extraterrestre.

Mientras tanto, arriba a lo alto (ignorando la sensación de giro que producía) la nave no había cambiado su posición ni aspecto en lo más mínimo, y los copos seguían cayendo, ahora alejándose en todas direcciones.

Con la mirada de nuevo clavada en el camino continué, cruzando la plaza en dirección sur. Al final de la calle justo antes de llegar al puente que atravesaba el río, observé tras la vidriera de una de las tiendas de la cuadra el característico brillo variable que emitía un televisor en su interior. Incitado por la curiosidad entré en la tienda (un servicio técnico de electrodomésticos) y me dirigí hasta el mostrador, en donde un viejo de aspecto obstinado veía hipnotizado la pantalla. El televisor estaba sintonizado en un canal local, y la transmisión correspondía a un noticiero como era de esperarse. El reportero, con ojos desorbitados y un tanto desarreglado, intentaba hacer su trabajo mientras cuatro criaturas de colores pasteles volaban entre él y la cámara. Haciéndose lugar para ser captado, el reportero indicó que al menos cinco naves sobrevolaban la ciudad, mientras que en Valencia, Maracaibo, Puerto La Cruz y Ciudad Bolívar se repetía el evento según la información que a duras penas habían alcanzado a recabar.

Aparentemente, las comunicaciones tanto celulares como telefónicas estaban congestionadas, si no es que interrumpidas, mientras que la conexión a internet del país entero parecía haberse caído por completo. Sin embargo, más allá de los daños causados a edificios, comercios y lugares públicos por las propias personas en sus primeros momentos de pánico, no tenían registrada ninguna acción hostil por parte de los extraterrestres. Más bien, el reportero indicó que algunas personas armadas y temerosas habían disparado contra la nave y los visitantes, sin causar si quiera un efecto visible o respuesta física por parte de ellos. Finalizó la transmisión llamando a la calma, haciéndosele imposible el evitar sonreír ante el comportamiento divertido de los extraterrestres que a su alrededor lo apabullaban.

—¡Quién sabe qué quieren esos bichos! El mundo se fue a la mierda —dijo el viejo, y se encogió de hombros.

Al escuchar sus palabras, me pregunté cuál sería la situación en el resto del mundo.

—¿Tiene televisión por cable? —quise saber.

El viejo tomó el control y apretó los botones, demostrándome que en efecto la tenía, pero toda señal de canales no locales estaba sencillamente muerta.

—Gracias —le dije, y salí de la tienda con el ceño fruncido.

¿Qué estaría pasando afuera?, pensé. Es decir, allá en Estados Unidos. ¿Quién mejor que ellos para manejar este tipo de situaciones? Con todos sus ejércitos, aviones, misiles y constante paranoia, sin duda estarían desplegados en defensa de sus ciudades. Pero, ¿serían capaces de atacar a estos traviesos e inofensivos muñequitos? ¿Lo habrían hecho ya? ¿Y qué hay de Europa y Asia? Si tan sólo supiéramos cómo han actuado todos ellos, tal vez podríamos hacerlo igual. Después de todo, tanto los norteamericanos como los europeos sabían siempre lo que era más conveniente para el resto del mundo, ¿no es cierto?

De vuelta a las calles y a unos pasos fuera de la tienda, me topé con media docena de extraterrestres que ahora usaban sus tres piernas para caminar sobre la acera. Su movimiento aunque bamboleante era fluido, sin duda diferente a cualquier cosa que hubiese visto antes. Sus cabezas, algunas pálidas y agudas y otras más chatas y de colores vivos, ondeaban de adelante hacia atrás al ritmo de sus pasos. Al verlos tan cerca descubrí que realmente llevaban trajes, o lo que parecía algún tipo de tejido sobre sus cuerpos, pues detalles como costuras, uniones o patrones eran visibles a lo largo de sus figuras. Inclusive, observé con detalle los accesorios transparentes que pendían de sus brazos alargados y sus pequeños pies como de elefantes en miniatura. Su indumentaria, sin duda, era llamativa pero consistente, como si cada forma, color y textura estuviese puesta allí por alguna razón muy particular. Al percibir mi atención, dos de ellos rompieron su formación y se detuvieron a mis pies. Sonidos irreconocibles brotaron de sus finas bocas.

—¿Qué? —dije, arrugando el rostro.

Repitieron los sonidos, esta vez variando la frecuencia y la duración de los chasquidos.

—Lo siento, no entiendo.

—¡Sí entiendes! —le escuché decir a uno de ellos con claridad—. ¡Sí entiendes, ya entienden!

Salté sobre mí mismo y retrocedí. De un momento a otro la criatura parecía haber aprendido español.

—¿Cómo hiciste eso? —pregunté, enfrentando al que me había hablado—. ¿Qué quieren?

—Celebración y júbilo —dijo el otro—. Universo como ninguno y todo bien.

—¿Cómo es la vaina? —espeté, intentando entender ahora lo que querían decir.

—Universo como ninguno y todo bien —insistieron, agitándose frenéticos junto a mí.

De alguna manera, las criaturas habían logrado aprender nuestro idioma, nuestro modo de comunicación, o bien habían hecho algo sobre nosotros que nos permitía entenderles a ellos. Sea como fuere, sus palabras no tenían sentido. ¿Qué carajo era aquello del universo y todo bien?

—Lo siento pero no sé de qué hablan. Déjenme continuar.

—Regalo al cuarto día —insistió uno de ellos—. Me aceptas, me quieres. Celebración y júbilo, y nosotros con tu agua.

Negué con la cabeza y me hice a un lado para seguir la marcha. Entretanto, las calles estaban repletas de personas ya más calmadas que iban de acá para allá, persiguiendo criaturas, corriendo o saltando junto a ellas, o reunidas por montones para escucharlas en las esquinas o en medio de las avenidas.

Mientras caminaba aún inmerso en el asombro, el teléfono celular en mi bolsillo vibró y se puso a pitar. Se trataba de un mensaje de texto de Daniela que había logrado colarse. Me preguntó dónde y cómo estaba, y me indicó que se encontraba en la casa junto con su madre, nerviosa y esperándome. Maldije para mis adentros e intenté llamarla de nuevo, pero no sirvió de nada. Escribí un pequeño mensaje de texto diciéndole que estaba en camino, mas la transmisión nunca se produjo.

Apresuré el paso, tomando la avenida principal en dirección a Bello Monte. La autopista a lo alto estaba bloqueada tanto por vehículos abandonados como por montones de extraterrestres que buscaban comunicarse con los interesados humanos. El sol que comenzaba a ocultarse cerca del horizonte generaba matices color naranja que rebotaban contra la gigantesca nave en el cielo, iluminando la ciudad con extraños patrones lumínicos. La tarde estaba convertida en una pintura surrealista.

Unas tres cuadras después, caminando de manera casi automática con un único destino fijo en mi mente, sentí de nuevo el vibrar del celular. Otro mensaje de texto, esta vez de mi hermana, decía que estaba en casa de mi papá, acompañándolo, junto con un grupo de Tucuicui, pero que no me preocupara, que todo bien... ¿Acaso había leído lo que era? Tras mirar otra vez, verifiqué que ciertamente mi hermana había escrito las palabras *todo bien*, además de Tucuicui. ¿Así se llamaban? ¿Cómo sabía sus nombres?

Agité la cabeza, perplejo, y me enjuagué la frente. Allí, por primera vez desde que comenzara todo me topé con un grupo de guardias nacionales que se adentraron en la avenida en dirección este oeste, trotando con los fusiles en alto. Detrás de ellos, una cuadrilla de igual número de Tucuicui los seguía, combinando las palabras de su idioma con expresiones aisladas en español: ¡Desde acá y para siempre!, decían. ¡Verás que sí podemos superar! ¡El cuarto día y otro regalo, junto conmigo! ¡Regalo, júbilo y agua!

Extrañamente, el rostro de los militares no mostraba ninguna señal que indicase alerta o preocupación. Como el resto de la población, parecían ya acostumbrados a la presencia de los dichosos Tucuicui. Por un segundo pensé en acercarme a los militares y preguntarles sobre la situación general de la ciudad y el país, pero algo me dijo que la información que manejaban al respecto no diferiría mucho de la mía.

—Tu Tucuicui soy yo —escuché entonces decir a mis espaldas con una voz muy fina, casi infantil.

Me volví, para toparme con uno de ellos que levitaba a la altura de mi rostro. De color marrón claro, llevaba el anillo brillante en su tronco así como varios de los accesorios transparentes colocados a lo largo y ancho de su cuerpo.

Entrecerré los ojos y guardé silencio.

—Tu Tucuicui soy yo —insistió—. Por eso no estas acá, pero no importa. Seremos como dicen.

—Lo que dices no tiene sentido —señalé con voz monocorde.

—Así dicen.

—Es la verdad.

—Espera el cuarto día y otro regalo. Son importantes, ya verás.

—¿Y qué pasa el cuarto día?

—Universo como ninguno y todo bien. Júbilo.

—¿Así es la cosa? —pregunté.

Y el Tucuicui asintió, o al menos eso pareció.

—Está bien —dije.

Y en realidad me pareció bien. El Tucuicui soltó una risita trémula y se alejó. Sonreí, pero enseguida sacudí la cabeza y me lleve una mano a la sien. ¿Qué demonios había pasado? Me restregué los ojos y respiré profundo unos segundos para despejar la mente, y después regresé mi atención al mundo exterior. La tarde comenzaba a verse muy Tucuicui, pero lo importante era regresar a casa junto a Daniela y para ello sólo faltaban unas cuantas cuabras más. Corrí, a pesar de las señales de cansancio que comenzaban a enviarme mis piernas, y entre zancadas dirigí mis pensamientos hacia la actitud y el comportamiento de los extraterrestres. ¡Los muy desgraciados eran adorables! Coloridos, repletos de curiosos accesorios, emitían sonidos divertidos pero también entendían y hablaban nuestro idioma. Venían por montones en diferentes formas y tamaños, nos aceptaban y les agradábamos.

Más que un trauma, el primer encuentro con una civilización extraterrestre había resultado toda una experiencia fascinante y reveladora, mientras que en las esquinas, calles, callejones, e inclusive en las casas,

apartamentos, barrios y pueblos, todos sin excepción estábamos interactuando y aprendiendo de los Tucuicui.

Ante mi, las ventanas de los edificios mostraban en su interior familias enteras ya no presas del pánico sino compartiendo con las criaturas. Los niños, sobre todo, parecían entender y comunicarse de mejor forma con ellos. Ahora que lo notaba, muchos niños jugaban con los Tucuicui en los patios y estacionamientos, mientras sus padres observaban sonrientes y atentos. Por su parte los visitantes espaciales continuaban llegando del cielo trayendo consigo sus artefactos, sonidos, objetos misteriosos y una energía para interrelacionarse al parecer inagotable. Maravillado, levanté la comisura de la boca en una ligera sonrisa.

A paso acelerado y absorto en mis pensamientos, no pude evitar el tropezar repentinamente con alguien que caminaba en sentido contrario.

—¡Disculpe! —dije, y al enfocar la mirada al frente vi a Javier, antiguo compañero de la universidad que vivía por la zona.

—¡Hola amigo! —exclamó, centelleando los ojos y deslumbrándome con su amplia sonrisa—. ¿Cómo has estado? ¿Cómo va todo?

—Bien, supongo —dije, rascándome la cabeza—. ¿Y tú?

Javier se mostró entusiasmado por la pregunta.

—¡Excelente! ¿Cómo no estarlo? Eh, déjame mostrarte mis Tucuicui.

A sus pies, una figurita graciosa le acompañaba de cada lado.

—Este es Tucui Bido —dijo, señalando la criatura verde y pálida a su derecha—. Ella es Tucui Bidao. Ambos pertenecen a la misma familia por parte de dos de sus tres progenitores, pero como nacieron separados al cuarto día, no los convirtieron en otro regalo.

—¿En serio? —pregunté, por alguna razón asombrado por sus palabras.

—Así es. Pero mucho mejor aún —tomó a Tucui Bido de una de sus extremidades y lo levantó del suelo para cargarlo como a un niño—. Mira sus accesorios, el anillo de levitación combina con su color de piel, cosa que es exclusiva. Y además tanto los reguladores de atmósfera como el controlador gravitacional son hexagonales. Hasta donde tengo entendido, sólo tres de cada mil obtiene esa configuración al embarcarse en Tu.

—Ya veo.

—Y ni qué decir de Tucui Bidao. Si te fijas bien, tiene un cuarto flagelo entre sus tres patas. Es un amuleto genético que trae suerte no sólo a Bidao sino a todos los Tucuicui compatibles con su regalo. Inclusive, con la entonación correcta puede emitir ondas de buena suerte. ¿Puedes creerlo? ¡Universo como ninguno y todo bien!

—¡Otro regalo! —dije para felicitarlo.

—Estoy ansioso por tomar un viaje con ellos a Tu. Me han prometido mostrarme su ciudad natal. ¡Son tan interesantes! Y generosos, han acondicionado tanto mi carro como mi casa a cambio de apenas unas cuantas gotas de agua. Bueno, también me pidieron un par de ramas de cada una de las plantas de mi jardín, y el disco duro de mi computadora, cosa que me pareció bien extraña. ¡Pero qué carajo, es una suerte tenerlos!

—Es cierto... Mi esposa Daniela me envió un mensaje y me dijo que me estaba esperando en casa con su madre. Seguramente recibamos nuestros Tucuicui. Espero tener tanta suerte como la tuya y que consigamos unos igual de especiales y exclusivos.

—No te preocupes —me dijo entonces Tucui Bido—. Ese es otro regalo. Espera al cuarto día y todo estará bien.

Javier sonrió, orgulloso de su criatura.

—Te dejo, amigo. Voy al Club de Poseedores. Vamos a organizar un festival para celebrar la Fecha Tu y tenemos que decidir dónde lo haremos.

—¿En serio? Pues espero que me invites.

—Por supuesto —dijo por último, y se fue apresurado junto con sus Tucuicui hacia cualquiera que fuera su destino.

Al verlo alejarse, me pregunté qué me hacía creer ahora que algo extraño ocurría.

Por un instante me sentí ajeno a mí mismo, pero no tuve cómo explicarlo. Después de todo, nada se encontraba fuera de lugar. El tráfico, aunque pesado, comenzaba a avanzar. Ya casi anochecía, pero los destellos de la nave alumbraban las calles y aceras como de costumbre, resguardando nuestra ciudad. Los edificios, pintados con diversos tonos de azul, verde y amarillo, relucían como espectaculares fuegos artificiales. A lo lejos, la autopista bullía de actividad, y las vallas publicitarias repletas de símbolos Tu y muestras de productos Tucuicui enriquecían la belleza del paisaje caraqueño. Sobre el Ávila, al fondo, la nave proyectaba imágenes de los amigos del espacio, mientras enormes letras nos mostraban diferentes palabras tanto en español como en su idioma. ¡Qué bonita era Caracas!, pensé. Sin lugar a dudas, no había nada más venezolano que esta ciudad, perfecta mezcla entre los grandiosos Tucuicui y nosotros los humanos.

Ansioso por llegar a casa, casi volé encima de la avenida los últimos metros que faltaban. Finalmente subí las escaleras hasta el segundo piso del edificio y tras abrir la puerta de mi apartamento corrí hacia la sala.

—¡Daniela! —grité.

En un instante, mi esposa salió del corredor que comunicaba la sala y las habitaciones con los brazos en alto y una sonrisa plasmada en el rostro.

—Mi cielo —dijo, y tras echarse en mis brazos me regaló un agradable beso—. Pensé que jamás llegarías. Quiero mostrarte algo.

—¿Ah sí?

Me llevó a la habitación principal, donde mi suegra descansaba acostada en la cama junto con tres peculiares Tucucui.

—Son Tucui Dao, Din y Namao. Estaban ansiosos por conocerte.

Me acerqué a las criaturas y agité mi mano sobre sus esponjosas cabezas. A diferencia de los demás que conocía hasta ahora, estos tenían piel multicolor, y sus accesorios en vez de transparentes eran de aspecto metálico, con orificios y ranuras que estaban trenzadas por tiras de hilo o cuero muy fino.

—Somos tu otro regalo —dijo Tucui Namao—. Al menos, hasta el cuarto día.

—¿Acaso no son espectaculares? —preguntó mi suegra con entusiasmo—. Y no te preocupes pues ya les di la ración de agua que nos pidieron, además de una muestra de la carne animal más corriente usada en nuestra cocina.

—Y tienes que esperar a ver lo que trajeron —dijo Daniela mientras saltaba hacia el closet.

Allí, levantó un perchero y sostuvo ante mí un largo traje amarillo y naranja con detalles y patrones tenues en toda su extensión, así como accesorios transparentes que se ajustaban a la silueta.

—¿Es un traje de Tu? —pregunté incrédulo.

—Original, y hecho a tu medida. Nada que ver con los fabricados acá. Mamá y yo también tenemos uno. Son para usarlos en el festival de celebración de la Fecha Tu.

—¡Ah, claro! Javier me comentó que estaba metido en aquello de los preparativos.

—Sí, y a que no sabes dónde va a ser el festival.

Abrí los ojos de par en par y me encogí de hombros.

—¡En la Nave Tu! —exclamó mi esposa, y mi suegra hizo ecos de emoción.

Enmudecí, conmocionado por lo que recién había escuchado.

—¿Vamos a la Nave Tu? ¿En serio? —dije al fin.

—Ajá. ¿Qué mejor que ese lugar para celebrar este día? ¡Universo como ninguno!

—Pero mejor se alistan —dijo Tucui Dao con su voz melodiosa—. No querrán esperar al cuarto día.

Y haciendo caso al amigable Dao, nos probamos nuestros elegantes trajes de Tu y nos preparamos para la celebración.

Como niños en la víspera de sus cumpleaños, no podíamos ocultar la excitación. Nuestra atención hacia los Tucuicui había sido recompensada, y ahora no sólo los teníamos a ellos, sino que vestíamos como ellos, hablábamos como ellos, pensábamos como ellos y lo más importante, celebraríamos junto a ellos en la Nave Tu.

Era un sueño hecho realidad, el viaje de nuestras vidas al lugar al que siempre habíamos querido estar. ¡Y todo por nuestro cariño, algunos regalos y unas cuantas gotas de agua! A decir verdad, les confiaría los mares del planeta Tierra entero a cambio de semejante privilegio.

Ya listos y tomados de manos afuera en la calle, tanto nosotros como nuestros vecinos esperábamos atentos las instrucciones de los compañeros Tucuicui. En un instante todos ellos activaron sus levitadores y volaron hasta la altura de nuestras cinturas, y cada uno fue configurando la disposición de los accesorios de nuestros trajes Tu para formar casi mágicamente un par de anillos paralelos que rodearon nuestra espalda y pecho. Finalizada su labor los Tucuicui retrocedieron juntando sus tres piernas, elevaron sus gelatinosos brazos al cielo y entornaron las semiesferas de sus ojos. Al unísono, emitieron un largo zumbido, muy parecido al sonido que la nave produjese a su llegada, y enseguida los anillos en nuestros pechos vibraron llenos de vida.

—Universo como ninguno y todo bien —exclamaron los Tucuicui.

—¡Todo bien! —replicamos.

Entonces con suavidad despegamos del suelo y juntos nos elevaron al cielo en dirección a la nave. Al cabo de un minuto, aún sosteniendo la mano de Daniela y ya a bastante altura, planté mirada abajo para maravillarme con la escena de una ciudad repleta de figuras brillantes como copos de nieve, mientras nosotros los seres humanos éramos transportados a la Nave Tu para celebrar en el festival. Demás estaba decir que los Tucuicui lucían hermosos en nuestras calles, entre nuestros edificios, sobre los árboles y en medio de la montaña, disfrutando del suelo, el agua y el aire.

¡Y pensar que alguna vez había llegado a dudar de sus intenciones!

Pero no podía culparme por ello. Después de todo, durante décadas el cine de Hollywood nos lo había mostrado siempre de la misma equivocada manera...

5 P.M.

Robert, moviéndose despacio, posó los codos sobre el escritorio y se sostuvo la cabeza con las manos, cerrando los ojos. Respiró profundo un par de veces en un intento de alejar la ansiedad que lo embargaba y después permaneció un rato en esa posición.

Los sonidos de la oficina a su alrededor llegaban a sus oídos como si estuviera inmerso bajo el agua. El murmullo discordante de la actividad que lo envolvía le hacía removerse incómodo en su asiento. Por un instante, deseó ser capaz de explotar, de deshacerse en un millón de pedazos que arrasaran todo a su paso. Involuntariamente sus dedos se pusieron rígidos y los apretó con fuerza contra su propia cabeza, causándole un dolor agudo. Abrió los ojos con un sobresalto y se echó hacia atrás en el asiento. Como era inevitable, su mirada se dirigió a la pared del fondo de la oficina, donde permanecía a lo alto un reloj de agujas circular, blanco y monótono como la pared, los cubículos y el resto del edificio. El reloj marcaba las cuatro de la tarde, y Robert podía escuchar el segundero moverse a pesar de lo lejos que estaba del aparato. Casi sin parpadear, siguió paso a paso el recorrido del segundero hasta que se completó el primer minuto.

Suspiró, y posó su mirada fijamente en el número cinco.

Cada día, desde las ocho hasta las cuatro y cincuenta y nueve, Robert estaba muerto. A las cinco resucitaba.

El número cinco representaba la hora de la liberación. A las cinco terminaba la jornada. A las cinco podía dejar atrás aquel lugar que lo hacía miserable para escaparse al resto del mundo. Cuando el reloj marcaba la hora de partida, el tinte gris que teñía su entorno desaparecía para dar lugar a la paleta de colores indescriptibles que era la vida en sí misma.

Soñando despierto, con los ojos todavía fijos sobre el reloj, intentó acelerar con la mente el segundero. Su letargo se vio interrumpido de pronto cuando una mano pesada cayó sobre su hombro y le agitó en el asiento.

—¡Señor Aguirre! —escuchó decir a su supervisor—. No es hora de descansar, es hora de trabajar.

Robert sacudió la cabeza y miró al sujeto por encima del hombro.

—Disculpe, señor. Tan sólo descansaba la mirada. Usted sabe, el monitor de la computadora, tanto tiempo...

—A trabajar, Aguirre. A trabajar.

Haciendo caso omiso al comentario de Robert, el supervisor siguió de largo entre los cubículos, atento a lo que hacían o no hacían el resto de los empleados.

Robert apretó los dientes, tronó los dedos y respiró profundo una vez más. Al regresar su atención al escritorio, su puesto de trabajo, encontró en el monitor de la computadora una hoja de cálculo repleta de números, símbolos, campos de colores y demás datos financieros. A su izquierda, una pila de documentos, informes y formularios se alzaban desordenados hasta casi alcanzar la altura del monitor. A su derecha, una calculadora vieja y una taza con café frío completaba la decoración. La frontera de su cubículo terminaba apenas unos centímetros a cada lado del escritorio, donde paneles de madera forrada en fórmica blanca separaban a cada empleado.

Reducidos a un espacio ínfimo todos trabajaban absortos y sin descanso como abejas en un panal.

Siempre ansioso de saber la hora, Robert ojeó el reloj digital que aparecía dibujado en la esquina superior derecha del monitor y verificó que eran las cuatro y seis minutos. En un esfuerzo descomunal levantó la mano y la llevó, como si pesara una tonelada, hasta encima del ratón de la computadora. El cursor se movió sobre la pantalla y se detuvo en una celda en particular de la hoja de cálculo. Luego tomó uno de los documentos de la pila del escritorio y como un autómatas comenzó a transcribir cifras y sacar cuentas, haciendo reverberar el clic del ratón y el tronar de las teclas en el claustrofóbico cubículo.

Así, continuó sus labores con aflicción, introduciendo datos, comparando cantidades y redactando observaciones sobre las operaciones que realizaba. Bostezando a cada minuto, reprimía las ganas descomunales de estrellar su cabeza contra el monitor de la computadora. Calmando sus fueros internos se hicieron las cuatro y quince, y después las cuatro y media. Con la piel trémula, guardó la información del documento haciendo clic repetidas veces sobre el ícono indicado y luego desplegó el procesador de texto para realizar el reporte de actividades diarias.

Ocupó el resto de la media hora de trabajo sobrante en copiar, pegar y apenas modificar el texto del informe anterior. Al fin y al cabo, todo lo que hacía en aquel lugar parecía repetirse exactamente igual cada día de su vida.

Al finalizar, envió el reporte a la impresora asignada a su supervisor y tras cerrar las ventanas y los programas que eran ejecutados por la computadora, echó una mirada al reloj de pared al fondo de la oficina. Quedando tres minutos para las cinco sus ojos centellearon y su boca se arqueó en una sutil sonrisa. De prisa, sacó de una de las gavetas del escritorio el pequeño maletín que siempre estaba lleno de documentos que nunca

utilizaba. Con entusiasmo apagó la computadora, se puso de pie, recogió su chaqueta del espaldar del asiento y justo antes de que el reloj marcara las cinco, caminó a paso redoblado hacia la salida de la oficina.

Habiendo recorrido apenas unos cuantos metros, su supervisor lo interceptó y se plantó frente a él con el ceño fruncido y las manos en la cintura.

—¿A dónde cree que va, Aguirre?

Robert levantó una ceja.

—¿A dónde? Pues a mi casa. Ya es hora de salida.

—¿Hora de salida? —preguntó el supervisor arrugando el rostro aún más.

—Claro que sí, jefe —señaló hacia el reloj—. Vea que...

Robert ahogó sus palabras cuando observó que el aparato marcaba las cuatro y cuarto.

—¿Está usted bien de la vista? Regrese a su puesto, señor Aguirre. Y por favor complete el informe de actividades —le entregó el documento que había enviado a imprimir—, todavía queda tiempo para trabajar.

Robert, confundido, intercambió miradas entre el reporte y el reloj. Después regresó a su cubículo, dejó el maletín y la chaqueta sobre el escritorio y se lanzó en el asiento. Se rascó la cabeza, miró el reloj de pared otra vez, miró su propio reloj de pulsera y para estar completamente seguro encendió la computadora y esperó a que cargara el sistema para verificar la hora.

En efecto, todos coincidían en que faltaban aún cuarenta y cinco minutos para las cinco. Con una sensación extraña recorriendo su cuerpo, se restregó los ojos y giró la cabeza para estirar su cuello. Luego accedió a las hojas de cálculo y al procesador de texto para seguir adelantando trabajo. Tal vez; pensó, lo que había ocurrido se debía al cansancio.

Al cabo de un rato dejó de teclear. Se apartó un poco del escritorio y le echó una mirada al reloj. Marcaba las cuatro y veinticinco. Lo mismo su reloj de pulsera. Tras soltar un bufido, volvió su cabeza a un lado y observó la fila de cubículos que se extendía hasta el final de la oficina. Todo el piso del edificio estaba conformado por docenas de estas filas; y en ellas, seres humanos encorvados ante el monitor de una computadora tecleaban incesantemente, ensimismados en oficios repetitivos que anulaban cualquier atisbo de motivación o creatividad.

Robert sintió un nudo en el estómago cuando en su viaje mental a través de la oficina se vio a sí mismo enfrascado ante el monitor, vaciando en las hojas de cálculo cualquier cantidad de datos que había aprendido a interpretar por pura repetición.

Con hastío, se incorporó en el asiento y se sumergió de nuevo en el interior de su cubículo. Tomó otro formulario de la pila de papeles de su izquierda y trasladó números del papel al formato digital hasta que los músculos de su cuello se pasmaron y sus ojos comenzaron a arder. Le pareció que aquel último esfuerzo había durado todo un día, pero al revisar la hora notó que apenas habían pasado otros diez minutos. Robert se masajeó las sienes con los dedos y maldijo para sus adentros. En ese momento el supervisor caminaba detrás de él en otra de sus rondas. Robert se desperezó, tronó los dedos y manipuló el ratón para levantar al azar varias ventanas. El supervisor asintió con la cabeza al verlo y siguió de largo, al parecer satisfecho.

Faltando ya quince minutos para las cinco, se dedicó a revisar el informe de actividades y a incorporar la información procesada tras su *lapsus*. Releyó el documento un par de veces y luego lo envió a la impresora del supervisor, como era costumbre. Finalmente chequeó la hora con los tres relojes a su disposición y al hacerse las cuatro y cincuenta y nueve pulsó el interruptor de la computadora, tomó su maletín y su chaqueta, se puso de pie y con cautela caminó hacia la salida de la oficina.

Al retirarse unos pasos, el sujeto que trabajaba en el cubículo contiguo hizo un ademán con la mano y le llamó con un siseo.

—¡Ey! ¿Qué te sucede? ¿Vas a volver a tratar de irte antes de tiempo?
—susurró.

—¿De qué estas hablando? —preguntó Robert.

—Regresa a tu puesto. No me gusta tener al supervisor rondándome cerca.

—¡Pero si ya es hora de irse!

—¡Aún falta media hora, amigo! Entiendo que estés ansioso por irte, pero no nos jodas a los demás.

Robert vaciló antes de levantar la mirada hacia el reloj de pared. Las agujas marcaban las cuatro y treinta minutos. Los dígitos de su reloj de pulsera lo corroboraban. Cerró y abrió los ojos varias veces, apretando los párpados en cada oportunidad. Le costaba creer lo que veía. Estaba seguro de que un momento antes habían sido las cinco en punto.

Lleno de dudas, regresó a su cubículo arrastrando los pies. Dejó el maletín en el piso junto a la silla y encima la chaqueta. Perplejo, inmóvil en el asiento, contempló el reloj circular al fondo de la oficina. Eran ya las cuatro y treinta y uno, pero el segundero, que en ese momento cruzaba la marca de los tres segundos, parecía moverse con tanta lentitud que cada uno de sus pasos se hacía eterno. Robert sollozó. En su pecho el corazón le latía acelerado. Aquel día se negaba a terminar. La ansiedad; pensó, el deseo de salir al fin de ese

lugar y olvidarlo por completo al menos hasta el día siguiente, le estaban jugando una desagradable broma.

Con la mirada todavía clavada en el reloj, escuchó las pisadas del supervisor acercándose a su puesto.

—Aguirre, ¿Me puede explicar por qué envió su reporte de actividades cuando todavía falta media hora para que finalice el día? —dijo con tono acusador.

Robert hundió el mentón en el pecho.

—Disculpe, señor —dijo—. Fue un error. Lo mandé a imprimir sin querer...

El supervisor arrugó la boca, poco convencido. Dejó el reporte sobre el escritorio y se retiró negando con la cabeza.

—¡A trabajar, Aguirre! ¡A trabajar! —exclamó al estar unos pasos más allá, como para que la oficina entera lo escuchara.

Como si experimentara un *deja vu*, Robert encendió la computadora una vez más y levantó las hojas de cálculo y el procesador de texto. Enseguida sintió que los números y las letras de la pantalla se burlaban de él. Casi podía oír sus carcajadas. Tenso, en un arrebato de rabia, Robert hizo clic al azar en diferentes campos de la hoja y borró las cifras. Como consecuencia, las cuentas generales se desbalancearon. Harto de su trabajo, se enjugó el sudor de la frente, tomó el documento que contenía la información que recién había borrado y se dedicó a corregir el error.

Al finalizar de enmendar los cambios, abrió otra pestaña y siguiendo el formato preestablecido comenzó a vaciar nuevos datos en ella. Golpeaba el teclado cada vez que introducía números, y movía el ratón de la computadora con puros manotones. Así transcribió al menos doce páginas más, y cuando consideró que había sido suficiente vio el reloj y se percató de que tan sólo habían transcurrido cinco minutos... De inmediato el cubículo y la oficina entera parecieron venírsele encima. Frustrado, apretó los puños y rechinó los dientes hasta que sintió la mandíbula desencajarse. Por un momento se imaginó arrancando el monitor de la computadora de su sitio para luego lanzarlo contra el reloj que se negaba a marcar las cinco.

El segundero, sin embargo, continuaba avanzando con mesura.

Robert decidió entonces que terminaría sus labores al ritmo del segundero. Con parsimonia se ocupó en ordenar el escritorio y clasificar las carpetas y documentos. Después revisó los íconos de la pantalla de su computadora y eliminó aquellos que no necesitaba o bien los cambió de posición por no dejar. Acomodó los artículos y demás papeles que habitaban las gavetas del escritorio y finalmente limpió con la mano su superficie. Como aún restaban veinte minutos, intentó distraerse cambiando los colores de los

campos de sus hojas de cálculo, modificando el formato de los documentos, representando los gráficos o esquemas con diversos estilos o haciendo cualquier otra actividad trivial que no aportara nada al verdadero trabajo.

Abrumado por el tedio, casi se cae del asiento cuando el reloj marcó cinco para las cinco. *Esta vez; pensó, no permitiré que el aparato se burle de mí.* Accedió al reporte de actividades y completó la información. Revisó un par de veces lo escrito, y faltando apenas un minuto para terminar la jornada, envió el documento a imprimir. Entonces esperó, visiblemente alterado, a que la aguja más fina del reloj de pared diera la vuelta completa en la circunferencia. Aunque le costaba creerlo, Robert sabía que el segundero estaba ralentizándose a medida que se acercaba a su punto más alto.

Faltando cinco largos segundos, escuchó de pronto un impacto seco a su izquierda y se sobresaltó al ver otro montón de documentos que habían sido lanzados allí, sobre los demás, por su supervisor.

—Le recuerdo, señor Aguirre, que debe imprimir el informe de actividades cuando haya concluido la jornada, o al menos el trabajo pendiente. Como ve, todavía tiene material para adelantar, y aún faltan quince minutos para las cinco.

Robert lo miró con los ojos inyectados en sangre y la respiración acelerada. Sudaba frío y las manos le temblaban.

—¿Tiene algún problema? —le preguntó el supervisor, más con tono de reproche que de preocupación.

—No, señor —respondió Robert casi con un suspiro.

Con las cejas entornadas y la cabeza gacha, vio al supervisor alejarse hasta perderse en el laberinto de cubículos. Cuando se armó del valor suficiente, levantó el rostro para contemplar las agujas que recién indicaban las cuatro y cuarenta y seis. Sin mover un ápice de su cuerpo, distendido sobre el asiento y frente al escritorio, esperó a que terminara otro minuto, que le pareció durar en realidad una hora entera.

Sin alternativa, resignado ya a su deber, trajo hacia sí un fardo de papeles y trabajó en ellos, sintiéndose ingrátido sobre el escritorio, sin ánimo, con la mirada vítrea perdida en algún punto de la pantalla.

Por lo que le parecieron horas interminables continuó, mientras el mundo parecía desmoronarse a su alrededor. A ratos, soñó con el exterior, con el color del cielo al atardecer y la brisa fresca sobre su rostro. Dibujó con su mente la fina silueta de la ciudad contra el fondo estrellado. Se imaginó caminando entre los árboles del parque del centro, observando a los muchachos que patinaban o jugaban a la pelota. Recordó el olor de un libro, y casi sintió en la punta de sus dedos la deliciosa sensación que lo invadía cuando acariciaba las páginas de una buena novela. Escuchó una melodía

difusa que se convirtió luego en sinfonía. Percibió el aroma perfumado que emanaba de la piel de una mujer.

Por un brevísimo instante se vio a sí mismo sumido en un mundo sin escritorios ni computadoras, sin cubículos, sin muebles de fórmica, sin relojes, impresoras, copiadoras, formularios, archivos, carpetas, horarios, cronogramas, procedimientos, salas de reuniones, reuniones de personal, reuniones de seguimiento, reuniones con supervisores, directores de oficina, jefes de departamento, asistentes, presidentes... o gente.

Al salir del sopor, sus dedos entumecidos se paralizaron. Apenas sentía los brazos y el cuello le dolía terriblemente. Del otro lado de la oficina, colgado imperturbable en la pared, el reloj marcó las cuatro y cuarenta y nueve y el segundero se movió apenas unos milímetros para luego detenerse.

Abismado en medio de la oficina, eclipsado por el monitor de la computadora y una torre de papeles, Robert pensó; con lágrimas en los ojos, en todo lo que le esperaba una vez dejara aquel horrible lugar, cuando el reloj al fin marcara la cinco y pudiera vivir nuevamente.

GAJES DEL OFICIO

*Con mis excusas a José Joaquín Blanco,
por esta reinterpretación de “El otro infierno”.*

Literalmente, en la oficina hacía un calor infernal. La temperatura de las profundidades de aquel lugar se colaba por cada rincón y el aire sulfuroso era tan espeso que podía cortarse con un cuchillo. Los alaridos de las almas condenadas brotaban del subsuelo llenando el Departamento entero con un rumor perturbador, muchas veces tan intenso que interrumpía las actividades diarias de quienes allí trabajaban. Aún así los empleados hacían su mayor esfuerzo, inmersos en sus cubículos procesando la enorme cantidad de solicitudes que les enviaba Caronte a un ritmo agobiante...

En medio del bullicioso lugar un pequeño ventilador situado sobre el borde de la puerta de vidrio de la oficina del Director giraba de un lado al otro como en una negación eterna, haciendo que la brisa revuelta apenas acariciara el rostro de Minos. Este, permanecía del otro lado sentado y con la cabeza gacha junto a una torre de papeles, formularios, informes y solicitudes. Cambiaba la mirada de un documento al otro, los comparaba, fruncía el ceño y se llevaba las manos a la cabeza para enjugarse la frente. Luego tomaba un bolígrafo rojo y lo mordía por un extremo. En menos de dos minutos gotas de sudor regresaban a su frente y corrían a través de sus mejillas, para estrellarse luego contra la superficie del escritorio y evaporarse al rato.

Absorto en su trabajo, la inspección de los documentos de esa mañana le reveló cualquier cantidad de irregularidades en los trámites: ausencia de firmas o sellos, errores ortográficos y de redacción, imprecisiones en las justificaciones o malos criterios para la selección de los candidatos. Gruñó para sus adentros y se arrellanó en el asiento, echando hacia un lado su larga y sinuosa cola.

Con el bolígrafo comenzó a señalar los errores de los documentos y al terminar los lanzó sobre la cesta de devoluciones para ser procesados al finalizar la tarde. Una vez más se enjugó la frente y volvió su mirada a su izquierda, al montón de papeles que todavía faltaban por revisar. Soltó un suspiro, y justo después la puerta de la oficina se batió de pronto y tras ella apareció su secretaria cargando en los brazos una torre de solicitudes que casi alcanzaba su rostro. La mujer dejó caer los papeles junto al otro montón en el

escritorio del Director y soltó una risita nerviosa antes de desaparecer de la oficina contoneando el trasero.

Como un autómata, Minos se encogió de hombros y tomó el primer documento de los recién llegados. Para su sorpresa, el formulario estaba muy bien llenado, con todos los campos correctos, en letra de molde legible, acompañado con los anexos respectivos en el orden preciso y además presentado en carpeta manila con gancho de aluminio. Invasado por una emoción casi morbosa que le hizo agua la boca, leyó el documento con detenimiento.

—¡Huummm, delicioso! —dijo al terminar, haciendo resonar su voz en el interior de la oficina—. José Joaquín y Teresa. ¡Deseosos y adúlteros! ¡Esclavos del deseo como adolescentes ardientes!

Soltó el bolígrafo rojo y tomó otro verde que en toda la mañana no había tocado. Sonriente, aprobó cada uno de los campos con el bolígrafo verde.

—Me encanta cuando el veredicto es tan evidente —se dijo a sí mismo—. Queridos José Joaquín y Teresa, yo conozco el lugar perfecto para ustedes. Está tan claro para mí como aquella vez con Rimini y Malatesta. De hecho, el caso está tan bien presentado como en esa oportunidad...

Tras firmar y sellar los documentos por última vez los sostuvo con una mano, orgulloso; mientras que con la otra ayudó a su cola a enrollarse alrededor de su cuerpo dos veces. Enseguida la carpeta de manila ardió y el aluminio se fundió hasta que todos los papeles desaparecieron dejando una estela de humo enrarecido.

—Espero que disfruten su estadía —dijo, y soltó una carcajada antes de continuar su trabajo.

Durante el resto del día revisó, corrigió y validó cerca de tres mil ingresos. Cada semana la cantidad de almas que necesitaban ser juzgadas se incrementaba entre un diez o veinte por ciento, y aunque el Departamento contaba con una plantilla gigantesca de empleados bajo las órdenes de Minos, resultaba imposible evitar el amontonamiento de trabajo. Además, el caos y la tortuosa ineficiencia parecían ser el estado natural de las cosas en aquel lugar.

Pero el Director disfrutaba su trabajo.

Bien sabía que cada alma que pasaba por la acuciosa inspección de su juico terminaba en el Círculo del Infierno que se merecía. Gracias a él, cada pecador pagaba por sus crímenes de la manera más justa y horrenda. Y era precisamente esa imagen la que le motivaba a continuar allí, día a día, al mando de las Puertas del Infierno.

Al final de la tarde Minos se echó hacia atrás en el asiento, cruzó los dedos detrás de la nuca y cerró los ojos. Los oídos le zumbaban y el hedor que brotaba de sus axilas se esparcía en la oficina como la neblina en un pantano. Permaneció un par de minutos inerte y en silencio, pero luego abrió los ojos y dirigió la mirada al reloj que estaba colgado en la pared a su derecha, junto a una fila de viejos archivos de metal oxidado. El reloj marcaba quince minutos para las cinco. El Director levantó la comisura de la boca y observó al segundero moverse paso a paso en la circunferencia.

De nuevo, la secretaria irrumpió en la oficina dándole un manotón a la puerta y bramando con preocupación:

—¡Jefe, jefe! –gritó—. ¡Tenemos una situación, una situación complicada!

Minos se removió en el asiento exaltado y agitó la cola de arriba abajo.

—¡Demonios, mujer! ¡Qué susto me diste!

La mujer arrugó el rostro y dio un par de pasos atrás.

—Lo siento, jefe. Pero es importante, nadie sabe qué hacer.

Minos agitó las manos en el aire como intentando con ello calmar a su secretaria.

—Tal vez si me explicas qué sucede, puede que entienda lo que dices.

—Es que, señor; dos de los condenados que ingresaron esta mañana, José Joaquín y Teresa...

—¿Qué pasa con ellos? –interrumpió Minos.

—Bueno. Parece que más bien están disfrutando su sentencia.

El Director levantó una ceja.

—¿A qué te refieres?

—Pues, desde el momento que llegaron parecieron haberse contagiado por el calor de las llamas pero en vez de gritar y sufrir, pues su lujuria se intensificó y no han parado de... Bueno, digamos que ya no queda en él tejido alguno que no haya sido mordisqueado, y orificio en ella que no haya sido penetrado.

Minos se envaró en el asiento y sintió cómo los bellos de la nuca se le encrespaban.

—¡Pero eso no es todo, señor! Al parecer aquella demostración de afecto a infectado a los demás condenados y el Segundo Círculo está ahora convertido en un festival orgiástico. Jamás en dos mil años de servicio había visto acá tanto libertinaje junto, señor.

Las manos del Director temblaron un instante y luego se estrellaron contra la superficie del escritorio, tan fuerte que fuera de la oficina los trabajadores alcanzaron a escuchar el golpe.

—¿Quiénes se están creyendo?! —exclamó Minos y se puso de pie—. ¿Cómo se atreven a desvirtuar al Infierno de esa manera? ¡Acá se viene a cumplir con la condena eterna del sufrimiento! No a armar una fiestecita y una orgía como si fueran universitarios irresponsables.

—Así es señor —dijo la secretaria al mismo tiempo que retrocedía, nerviosa—. Pero todo sucedió muy rápido. Cuando el personal de seguridad se dio cuenta ya era demasiado tarde. Han intentado contener a los condenados pero sin importar lo que les hagan, ellos siguen amándose y teniendo sexo, enloquecidos.

Minos se tapó los ojos con una mano y negó con la cabeza.

—¿Satanás se enteró ya de esto? —preguntó con voz átona.

—No señor, por supuesto que no. Usted es el primero y de acá no saldrá esa información hasta solucionarlo.

—Bien, muy bien. Si el viejo se entera capaz y se inventa otro Círculo más sólo para mi afortunado *disfrute*...

—¿Entonces qué vamos a hacer? —preguntó la secretaria tras unos segundos de silencio.

El Director sacudió la punta de la cola y se arrastró a lo largo de la oficina, rascándose la cabeza. Murmuró algo ininteligible y después habló en voz baja, como dirigiéndose a sí mismo.

—Volver a la normalidad, por sobre todas las cosas. El viejo es muy quisquilloso con eso... Y evidentemente el problema son el tal José Joaquín y la Teresa —Minos regresó a su asiento tras el escritorio y se puso a hurgar el interior de las gavetas—. De modo que si ellos son capaces de disfrutarse tanto el uno al otro, pues no existe mejor castigo que enviarlos al lugar más monótono y aburrido del Universo.

—¿Señor? —preguntó la muchacha frunciendo el ceño.

De pronto el Director detuvo su búsqueda al toparse con una planilla en particular.

—¡Ajá! —exclamó—. Formulario para la Reconsideración de Sentencia. Ha sucedido antes tan pocas veces que por un momento pensé que ni siquiera tenía la planilla a la mano. Prepara un expediente de inmediato y anexa los recaudos que dispone el formulario —le extendió el documento a la secretaria—. Cuando lo termines me lo traes enseguida para firmarlo, sellarlo y procesarlo. Si seguimos los caminos regulares el trámite tardaría más de un mes, tiempo suficiente para que el viejo me consiga sustituto. Sólo por esta vez, ya que se trata de una emergencia, vamos a *agilizar* un poquito el papeleo.

Le guiñó un ojo a la secretaria y la apuró con una señal de manos. Obediente, la muchacha corrió a cumplir sus órdenes mientras la mirada del

Director siguió con atención su curvilíneo trasero. Veinte minutos después, Minos firmó y selló el formulario que cambió la sentencia de José Joaquín y Teresa, lo que los expulsó definitivamente del Segundo Círculo del Infierno e hizo disipar ese intolerable frenesí que había invadido a los condenados.

—¡Y que se las arreglen allá arriba! —espetó, como si pudieran oírlo del lugar al que se refería.

Tras enjugarse la frente, el Director observó el reloj que marcaba ya las cinco y media. Al contemplar luego la cantidad de documentos desordenados que aún permanecían sobre el escritorio, se encogió de hombros y negó con la cabeza, agotado.

...

Sistema Paraíso v.2.0 - En línea.

Caso 1978_69:

5:25:05 p.m. Comunicación de ingreso recibida:

Sujetos: José Joaquín y Teresa.

Reconsideración de Sentencia: Aprobada.

Motivo: Alteración del orden establecido.

Recomendación del Sistema: Ubicarlos separados y bajo permanente observación. Aplicar a sujetos Tratamiento de Purificación e Inducción Angelical.

5:25:07 p.m. Tratamientos e Inducción aprobados.

Sujetos: Sectorizados y ubicados.

5:25:08 p.m. Inicio de Tratamiento: Ejecución del *tedeum*.

5:28:12 p.m. Registro de Seguimiento Caso 1978_69:

Sujetos: Estables. Se observa contacto visual mutuo permanente.

5:33:05 p.m. Registro de Seguimiento Caso 1978_69:

Sujetos: Ansiosos. Se observa contacto visual mutuo permanente.

5:38:10 p.m. Registro de Seguimiento Caso 1978_69:

Sujetos: Indeterminado.

5:43:12 p.m. Registro de Segui...

Sistema Paraíso v.2.0 - Volcado de página en módulo 0xFF2894. Excepción de registro y error general.

Programa terminado.

EL RITUAL DEL INFANTE MUERTO

*Con mis excusas a Poe y Lovecraft,
por este experimento...*

Casi podría afirmar que aquel pueblo sombrío estaba esperando mi llegada.

Apenas me adentré en la plaza, justo frente a la envejecida iglesia, el cielo se tiñó de un gris tan oscuro como el cabello de las ancianas que caminaban en procesión hacia ella, ataviadas con vestidos negros hecho jirones y velos del mismo color que desdibujaban sus rostros hendidos.

Una brisa helada, como el último aliento de un moribundo, penetró en mi piel hasta alcanzar los huesos. Intenté abrazarme a mí mismo para aplacar la sensación pero el esfuerzo fue inútil. Hechizado por la fila de señoras que murmurando cánticos se adentraban en el templo, me dejé llevar hacia el apagado umbral y antes de darme cuenta ya estaba en el interior de la iglesia, de pie a medio camino entre el altar y la puerta.

Iluminado con velas, la figura enorme del Cristo crucificado miraba hacia abajo con los ojos entrecerrados y la sangre corriendo por su frente. Ante él, perfumado por el olor del incienso, un pequeño ataúd yacía en el altar; adornado con calas y rosas ya marchitas. Las ancianas, una a una, fueron ocupando los asientos del recinto, y cuando la iglesia se hubo llenado, colmaron el lugar con extraños rezos que hicieron ecos como criaturas raudas que huían entre las sombras.

En crescendo, el golpeteo rítmico de mi corazón reverberó entre las columnas y paredes de piedra.

No sé ya cuantas veces había escuchado los quejidos guturales de hombres y mujeres que perdían sus vidas bajo el temple de mis manos, pero en ninguna de esas ocasiones mi fuero interno se había llenado con la aprensión que aquel misterioso ritual producía. Paralizado, intentando todavía entender las razones que me habían llevado a semejante lugar, observé disminuir en segundos la luz que se filtraba por los amplios vitrales de la iglesia, como si la noche hubiese irrumpido en el pueblo para contemplar el evento.

Del interior del ataúd un fulgor efímero atrajo mi atención, y tras abrir y cerrar los ojos un par de veces pude notar que allí descansaba el cuerpo de un niño, vestido de camisa blanca, pantalón y suéter negros. Su cabello, también negro, lucía húmedo y espeso. La expresión de su rostro era serena, y aún

cuando podían notarse trazos de maquillaje, su piel macilenta y sus labios púrpura claramente evidenciaban su condición exánime.

Me pregunté, aún cuando percibía cierta familiaridad en sus rasgos y facciones, quién sería el niño y qué le habría ocurrido. Debió de ser alguien importante; pensé, pues el pueblo entero atendía con devoción a su funeral.

Casi como si las ancianas hubiesen oído mis pensamientos, de pronto rompieron en lágrimas y la iglesia entera retumbó en gimoteos que me hicieron sentir escalofríos. Un minuto después los llantos cesaron para transformarse en alaridos de rabia y terror como jamás escuchase alguno, ni siquiera en mis víctimas.

Alguna vez llegué a pensar que los horrores de mi infancia habían destruido los pocos gajos de inocencia y sensibilidad que pude haber tenido, pero al presenciar cómo el cadáver del niño abría repentinamente los ojos y se incorporaba despacio en el ataúd me llenó de un miedo tan visceral y profundo que por poco desfallezco. La intensidad de los gritos se incrementó hasta punzar mis oídos como filosas dagas, mientras que el niño, insuflado por el apasionado ritual, pareció llenarse de fuerzas lo suficiente como para bajarse del ataúd y plantarse en medio del altar, soberbio, el rostro inexpresivo y los ojos apuntando al frente como si pudiera ver a través de mí.

Embriagadas por la resurrección, las ancianas extendieron las manos al aire y se agitaban de tal forma que los ligamentos de los brazos y las piernas se salieron de sus sitios con un tronido para adoptar posiciones imposibles. Posesas, rasgaron sus ropas y con sus uñas comenzaron a hacerle daño a sus propios cuerpos.

El niño, cuya poderosa imagen desafiaba al Cristo a su espalda, se llevó las manos a los bolsillos del pantalón y luego caminó plácido en mi dirección. Intenté correr, intenté alejarme despavorido de aquella diminuta figura pero mis piernas no me obedecieron, y mis pies, como clavados al suelo, me ofrecieron resistencia. Ahogué un grito, buscando a mi alrededor alguna manera de poner fin a la monstruosidad.

Cuando creí que el muerto viviente me alcanzaría para devorarme, lo vi detenerse muy cerca y esbozar en su rostro una sonrisa fría y sardónica. Entonces se hizo a un lado y continuó su camino hacia la puerta, dejando tras de sí remolinos de aire gélido y el aroma mezclado de las calas y la putrefacción. Sin siquiera tocarlas, las pesadas puertas de madera de la iglesia se hicieron a un lado y el niño salió para perderse entre las casas que bordeaban la plaza. Al menos, eso fue lo que pude ver antes de que las puertas se cerraran de nuevo.

Por un momento pensé que el ritual del infante muerto había llegado a su fin, pues el clamor de las ancianas cesó progresivamente hasta convertirse

en un murmullo apenas audible, pero al volverme para contemplar el altar, noté que el ataúd; al principio pequeño, había cambiado su forma y crecido lo suficiente como para albergar el cuerpo de un adulto entero.

La mirada penetrante de un centenar de brujas ancianas se posó sobre mí para hacer reaccionar mi cuerpo al fin y llevarme, paso a paso, a cumplir mi rol en el acontecimiento. Confundido, incapaz de comprender del todo la lógica siniestra que me había llevado allí, marché hacia las fauces oscuras del ataúd que como un verdugo pondría fin a un terrible mal.

Justo antes de que la tapa del ataúd cayera para sumergirme en la oscuridad y lapidarme para siempre, repase mentalmente el rostro del infante y me di cuenta de que su imagen correspondía con exactitud a aquella que tantas veces había visto, de niño, en el espejo.

DEUS EX MACHINA

—¿Qué es? —preguntó el Director Maxmilaim luego de observar con detenimiento el sinfín de números y ecuaciones que habitaban casi la totalidad del campo visual frente a él, desde lo alto del techo hasta muy cerca del suelo del laboratorio.

—Es un modelo matemático de Dios —respondió el Profesor Crador, orgulloso y soberbio.

Maxmilaim levantó una ceja y soltó un ligerísimo respingo.

Las ecuaciones se desplazaron de un lado al otro y dejaron ver una serie de complicados términos que emergían de alguna parte del espacio ante ellos. El movimiento era acompañado con un suave siseo que el Director sabía había sido puesto allí adrede. Conocía parte del trabajo científico del Profesor, y también conocía sus manías y excentricidades, aunque esta vez, pensó, quizá había ido demasiado lejos.

—Así que un modelo matemático de Dios —Maxmilaim caminó de un extremo de la imagen a la otra, estudiando cada símbolo y cada expresión—. ¿Sobre la base de qué, si puedo preguntar?

El Profesor Crador perfiló en su rostro una mueca que pretendía ser una sonrisa y siguió con la mirada el lento caminar del Director.

—Por supuesto, sobre la base de un análisis riguroso del asunto.

Maxmilaim arrugó el rostro.

—Déjame reformular la pregunta. ¿En qué te basas para construir el modelo?

—Oh, te refieres al concepto como tal, para establecer el modelo.

El Director asintió.

—Claro, debes estar un poco incrédulo, considerando el enfoque que debes haber construido en tu mente originalmente.

—Tal vez —insistió—, si te molestas en explicarte, pueda hacerme una idea más clara de tu planteamiento. Sabes que jamás discuto tus teorías sin haber aclarado todas mis dudas primero.

—Muy bien —Crador elevó las manos y las zarandó en el aire, efecto que provocó un reordenamiento de las ecuaciones y la aparición de gráficas y definiciones—. En realidad, no trabajé directamente con el concepto divino de Dios como tal (al menos, al principio), pues va en contra de mis propias creencias. Además, resultaría ridículo tratar de construir un verdadero modelo

demostrable haciendo suposiciones mágicas mal fundadas tanto física como psicológicamente.

—¿Psicológicamente? —preguntó Maxmilaim, volviéndose hacia el científico.

—Totalmente —asintió con la cabeza—. Contéstame algo, Max: ¿De dónde crees que surge el concepto de Dios? ¿Cómo aparece esa idea del protector omnipresente y omnipotente que nos cuida y dirige nuestros destinos?

—De la religión, por supuesto. De las ideas que la humanidad, a través de miles de años, formó sobre sí misma y sobre su entorno.

—Está bien, está bien. Pero la religión aparece mucho después, podría decirse. Me refiero al concepto más básico de divinidad.

La intensidad de la iluminación en el laboratorio aumentó y se tornó más blanca, dejando ver las consolas y computadoras que rodeaban el recinto circular. Las imágenes proyectadas en el aire cambiaron para formar registros históricos y fotos bidimensionales primitivas. Aquella cantidad de información solapada a lo alto apenas dejaba ver el gran módulo de observación que del otro lado del laboratorio mostraba una pequeña parte de la esfera terrestre con su extremo oriental bañado por la luz solar.

—No resulta difícil darse cuenta —continuó el Profesor—, que las especies humanas más antiguas asociaban siempre un Dios a fenómenos fantásticos para ellos como el relámpago, o las estrellas nocturnas —las imágenes mostraron representaciones de los humanos primitivos en sus primitivas sociedades—. Los antiguos aborígenes suramericanos tenían como deidad a la Luna y al Sol, y su eterno transitar en el cielo era un evento extraordinario y muy espiritual. De igual manera, los egipcios veneraban al Dios Sol, entre otros, que en su magnificencia observaban al pueblo y lo protegían.

Maxmilaim giró su rostro y al notar el pequeño asiento antigrav que permanecía sin uso unos metros más allá, caminó hacia él y lo trajo hasta una distancia prudencial del científico. Se sentó para sentirse más cómodo.

—Es completamente razonable —dijo el Director—, si consideras que ellos no tenían idea de lo que pasaba.

—¡Exacto! —exclamó Crador y le señaló con el dedo—. Ellos no tenían explicación alguna a la noche, o al trueno, o al terremoto. Pero eventualmente la tuvieron, y la creencia divina desapareció con ese conocimiento. El avance de la civilización humana permitió dar respuesta a esas preguntas y a esos misterios recurrentes entre las sociedades, y poco a poco esas deidades asociadas a eventos naturales fueron sustituidas por la verdad científica.

—Pero hoy en día siguen existiendo creyentes...

—Y siempre lo habrán —interrumpió—, según predice el modelo. El hecho principal al que quiero llegar es que la humanidad, desde su inicio, ha puesto dioses allí donde existe algún fenómeno que no puede ser explicado usando su propia razón.

—Presumiendo de sus capacidades, tratando de explicar lo inexplicable.

—Cierto, pero común. La humanidad es egocéntrica por naturaleza, pero eso forma parte de su intrínseca curiosidad, y de su capacidad para creerse posible de realizar cualquier cosa.

El espacio de observación se llenó con hermosas imágenes de las diferentes eras de la humanidad en la Tierra.

—Por supuesto —continuó—, la ciencia aclaró muchas de esas dudas, y los conceptos divinos tuvieron que replantearse para abarcar seres y poderes que estaban más allá de nuestro entendimiento. Cosa que resulta muy conveniente, pues la idea es no molestarse en tratar de explicar a Dios y cómo funciona. Lo interesante es, Max, que... ¿Conoces alguna civilización humana, algún estado histórico de la Tierra, en el que no haya existido la religión o bien que no se mencione la idea de lo divino?

Maxmilaim miró el techo y frunció el ceño. Luego, negó con la cabeza sintiéndose vencido.

—¡No la hay! —exclamó el científico—. Y no la hay sencillamente porque el concepto surge de manera natural y espontánea en cualquier ente inteligente que trate de darle una explicación a algún fenómeno desconocido. El camino de mínimo esfuerzo es justificar el evento con un Dios y así evitas la molestia de exprimerte un poco más las neuronas tratando de dar con la verdad detrás de la realidad física.

—De modo que Dios surge como una idea abstracta del hombre, en su incapacidad de responder a todas sus propias preguntas.

—Muy bien. Respuesta correcta, pero no es nada que no se haya sugerido antes...

—¿Y qué si fue Dios quien metió en la cabeza de las personas la idea de sí mismo?

—¡Ajá! —señaló de nuevo con el dedo—. Ahí es donde mi modelo resulta aún más interesante.

Las imágenes terrestres desaparecieron y las extrañas ecuaciones volvieron a habitar el recinto, produciéndole al Director una fría y confusa sensación.

—Partiendo de la hipótesis, para mí cierta —continuó el científico—, de que Dios no es más que un invento humano, planteé una realidad simulada en donde una pequeña sociedad primitiva es capaz de habitar un espacio con condiciones similares a las que podría tener cualquier población (no

necesariamente humana). Eso incluye factores ambientales y espacio— temporales, pero además, incluye aspectos psicológicos y filosóficos en los seres.

Maxmilaim se levantó del asiento de un salto.

—¡Un momento! —exclamó— ¿Por qué crees que puedes considerar todas las variables que definirían a una sociedad en tu simulación? ¡Son demasiadas!

—Lo son —afirmó Crador con confianza—, pero no para el poder de cómputo que manejamos en la actualidad. El sistema hace la mayoría de las consideraciones, yo tan sólo creo los caminos que éste debe seguir.

—¿Y bien?

—Obtengo una serie de ecuaciones y dinámicas que describen exactamente una sociedad con un mínimo de inteligencia y consciencia. Para mi certeza, al evolucionar la simulación las ideas abstractas emergen tan naturalmente como el agua cae por efecto de la gravedad. Con ellas, los conceptos divinos aparecen de inmediato. De hecho —una ecuación en especial cambió de forma y se agrandó hasta ser casi tan grande como los sujetos que la observaban— aparecen con nombre y apellido.

—¿Qué es?

—Ese es Dios... Al menos, en su forma básica.

Los símbolos que representaban el tiempo corrieron y la ecuación cambió, haciéndose más extensa y compleja, a los ojos del Director.

—¿Y qué significan, cada una de las variables?

Crador soltó una risita.

—Lo siento amigo, pero jamás entenderías. Tiene que ver con algo que va muchísimo más allá de las ecuaciones diferenciales y la electrodinámica cuántica que les enseñan a los muchachos en la escuela.

—Ah... —se limitó a decir, sin sentirse ofendido.

—He repetido el experimento, al menos veinte veces, con condiciones diferentes, con ecuaciones diferentes, con variables deterministas o aleatorias, y siempre, siempre, he obtenido que tarde o temprano surgen los términos que describen a Dios y se acoplan al modelo maravillosamente.

—Y que hay de...

—¡Mas aún! —añadió—, simulé casos donde planteaba a ese término divino primero, y trataba de generar una sociedad a partir del creacionismo y resultó que el sistema no es estable y se desvanece.

Maxmilaim enarcó las cejas.

—¿En serio?

—Lo que, a mi parecer, confirma mi hipótesis sobre el origen humano de Dios.

El Director hizo una mueca con la boca y cruzó las manos detrás de su espalda. Miró las ecuaciones.

—¿Puedes controlar a ese Dios?

—Una vez estable, sí. De hecho...

Crador hizo mutar de nuevo las expresiones y mostró representaciones tridimensionales de los habitantes simulados en gráficas de contorno que tanto él como el Director conocían muy bien.

—Si considero las influencias de la *ecuación Dios* sobre el resto del entorno, puedo manipular la realidad a mi conveniencia.

—Querrás decir, la realidad de la simulación.

Crador asintió.

Maxmilaim se mantuvo unos segundos en silencio. Tomó una bocanada de aire y después exhaló muy despacio, sopesando las palabras del científico.

—Un momento —dijo, alzando los brazos y mostrando las palmas de sus manos—. Me parece que eso último no tiene sentido. Si el Dios que tú planteas es creación humana, cómo puede luego afectar, de manera mágica y divina, al propio humano que lo creó.

—De la misma manera que un pez enturbia el agua que le contiene.

Maxmilaim le lanzó una mirada punzante. Crador entendió la expresión.

—Es sencillo Max. El hombre crea a Dios, con la idea de que Dios crea al hombre. Luego Dios controla al universo y al destino de los humanos, por lo tanto ¡es el hombre quien controla el destino del hombre!

—Quedamos en las mismas.

—Tal vez, pero lo que se concluye es que sin duda el comportamiento colectivo de la humanidad es quien tiene el control del destino colectivo del mundo. De hecho, es completamente razonable pensarlo.

—Pero la enseñanza tradicional es que Dios posee poderes sobrenaturales y que controla al universo entero. ¿Qué hay de eso?

Crador, tras tronar los dedos y acercar sus manos a los controles, manipuló de nuevo las proyecciones. Por un momento las ecuaciones desaparecieron y el laboratorio se llenó de luz natural. La luz provenía de la verdadera esfera terrestre que ahora mostraba gran parte de su superficie iluminada, producto del rápido girar de la estación orbital en la que se encontraban. La silueta sinuosa de las costas Brasileñas tenía una preciosa tonalidad clara, mientras que gran parte de América del Norte estaba bañada por una tenue iluminación artificial producto de sus superpobladas ciudades.

La proyección entonces generó en el aire un modelo muy similar al planeta Tierra.

—Eso no pierde generalidad —dijo Crador finalmente—. Observa, es una representación de la Tierra, tal cual la conocemos. Ejecutando la

simulación y resolviendo las ecuaciones con esas condiciones iniciales obtengo una civilización humana muy parecida a la nuestra. De hecho, el curso histórico es similar.

El tiempo virtual corrió hasta que la imagen de la Tierra virtual se asemejó mucho a la real.

—Ahora observa... Por ejemplo —Crador se llevó la mano al mentón—, ¿Qué te parece si creamos un nuevo volcán en Hawaii?

Ondeo sus dedos cerca de las costas del mapa tridimensional y enseguida una nueva isla apareció en la simulación, con todo el estruendo que aquella rápida formación geológica implicaba. El Director pudo seguir los registros que describían el comportamiento de los seres artificiales ante tal evento.

—Es muy interesante —reconoció—, en verdad interesante.

—Literalmente, jugamos a ser Dios. Sólo que aún cuando yo tengo el control del protagonista, en realidad el poder de realizar semejantes obras surge de los diferentes factores que cada uno de los habitantes de ese mundo introducen al concepto general.

—Es decir, tú llevas a cabo la obra, pero la fuerza motriz proviene de la psique propia de los habitantes.

—Ajá.

—¿Refuta esto la existencia real de Dios, el origen divino del universo y de la humanidad?

Crador se encogió de hombros.

—Para mí, sí. Claro que, no todo el mundo piensa como yo.

El Director se llevó de nuevo las manos a la espalda y entrecerró los ojos. En verdad estaba impresionado.

—¿Puedes...? —preguntó con vacilación— ¿Hacer cosas extremas con tu simulación?

—¿Por ejemplo?

—No lo sé. Evita la Tercera Guerra Mundial. O Tal vez haz que la tecnología espacial se desarrolle antes de tiempo.

—Se puede, pero toma más tiempo que los simples cambios de forma como el que hicimos. Si se trata de la sociedad como tal, son necesarias más variables y ecuaciones a resolver.

—En ese caso... ¿Puedes darle la vuelta a las Américas?

—¿Cómo?

—Colocar a América del Sur donde está la del Norte, y viceversa.

Crador enarcó las cejas.

—¡Claro!

Manipuló el ambiente y rápidamente trasladó hacia arriba el territorio sur del continente y hacia abajo los Estados Unidos junto con Canadá. En la disposición final Venezuela estaba sumergida en las frías temperaturas del polo norte y Canadá se impregnaba del calor de la zona ecuatorial. A una velocidad sorprendente, los habitantes de la simulación asimilaron el cambio y la estructura completa de la civilización se modificó.

—¡Mira! —dijo Maxmilaim—, gobiernos enteros cambiaron, así como sus modelos económicos.

Crador soltó una risita.

—¿Qué te parece si permutamos a África con Australia?

Lo llevó a cabo y el mapa cambió de forma. De nuevo, la simulación se ajustó al cambio pero esta vez se generó en muchas regiones del planeta virtual pánico colectivo y gran parte de la población desapareció, víctimas de una extinción masiva.

—¿Por qué sucedió eso?

Crador negó con la cabeza.

—Es tan difícil de explicar como el modelo mismo. La dinámica surge sola, y yo puedo seguir un poco las causas pero llega un momento que se pierde en el entramado de la colectividad. Lo único que podemos ver son los resultados a largo plazo.

Crador continuó jugando con su modelo mientras Maxmilaim, entretenido, seguía el curso de las formas y colores que generaban la proyección. Después de todo, asimiló todo el asunto con profunda seriedad y no pudo evitar el sentir respeto hacia el científico.

—Sólo una cosa, amigo —dijo al fin—. Si la *ecuación Dios* surge del colectivo humano, ¿Por qué supones que una única y sencilla persona, como tú, puede darse cuenta de todo ese problema y crear este complejo modelo? ¿Acaso no es creer que se es más que ese Dios y por consiguiente, más que el resto de la humanidad junta?

Crador, de pronto aludido, volvió su rostro hacia el Director y abrió levemente la boca.

Ahogó su respuesta cuando una tercera voz tomó el interior del laboratorio.

—Profesor Crador —escuchó decir a su asistente a través del sistema de comunicación que vibraba dentro del lugar—, un, ejem, caballero, desea verle.

Crador enarcó las cejas y miró al techo, como si de allí proviniera el sonido.

—Estoy ocupado, Mhira. Tengo una reunión con el Director.

—Lo sé, pero el caballero insiste.

—¿Qué quiere este señor? —preguntó Crador ofuscado.

La voz de la asistente pareció discutir con otra que se escuchó de fondo. De pronto, la voz del caballero se impuso sobre la de Mhira.

—Profesor Crador —dijo, con una musicalidad que sorprendió tanto al científico como al Director—. Vine a pedirle que se detenga.

—¿Que me detenga? —dijo, frunciendo el ceño—. ¿De qué está hablando?

—¡Está enloqueciendo a mi Padre! ¡Tiene su mente hecha un desastre!
El Director arrugó el rostro confundido.

—¿Acaso no se ha dado cuenta de lo que ha hecho?! —gritó el caballero—. ¡Mire la Tierra!

Crador, incrédulo y pasmado, se volvió hacia Maxmilaim y lo encontró inmerso en una profunda expresión de confusión. Al unísono dirigieron sus miradas al fondo del laboratorio y tras desactivarse las proyecciones vieron a la Tierra plantarse ante ellos con toda su superficie ahora iluminada por el Sol. Había acumulaciones de nubes y otros efectos atmosféricos, pero la claridad era suficiente para ver el contorno y las formas de los continentes.

El Director dejó escapar un hilillo de saliva cuando su mente ratificó lo que veían sus ojos. América del Sur se mantenía inerte al norte relativo del planeta, con gran parte de su extremo superior cubierto por el hielo. Canadá permanecía bañado por el sol tropical, mientras las costas de Florida se congelaban. Los niveles del mar habían cambiado y gran parte de la silueta original de las islas mayores de ese lado del mundo habían desaparecido.

La Tierra, el planeta real, había sufrido los mismos cambios que la simulación con la que Maxmilaim y Crador habían estado jugando.

—¿Quién es... quién...? —balbuceó al aire el científico, temblando—, ¿Quién es usted?

—¡Jesucristo! —respondió el caballero, con un tono de evidente enfado.

EL JUEGO DE LOS DIOSES

*“Yo creo que el juego es la forma desacralizada
de todo lo que para la humanidad inicial
son ceremonias sagradas”
Julio Cortázar.*

—Tú comienzas —dijo Ella.

Él asintió, serio; y luego dejó de mirarla para dirigir su atención al tablero. En medio de los dos, el área de juego permanecía inmóvil, sumida en la oscuridad. Siempre cuidadoso, repasó mentalmente la estrategia que había preparado para esa partida. Seguro de la jugada inicial que había diseñado y aplicado ya tantas veces, extendió sus extremidades sobre el tablero y puso las piezas en movimiento.

Ella, siempre ansiosa, siguió de cerca los acontecimientos que se desarrollaron a partir de ese momento...

No había allí nada.

No había espacio ni tiempo.

El universo; aquel universo, resultaba indefinido en su esencia.

La realidad, si es que existía, era un elemento estático sin consistencia ni propósito alguno. Entonces un punto efímero se convirtió en una perturbación que comenzó a propagarse y llenarse de energía hasta alterar, tras una gran explosión, el tejido mismo del espacio y el tiempo.

En un instante las fuerzas primigenias se desacoplaron, la materia brotó a la existencia y todo se llenó de luz. Las distancias, entonces, tuvieron sentido. El tiempo fluyó y con él nacieron los conceptos de presente, pasado y futuro. Lo que era y fue se expandió y vibró en todas direcciones, mientras las partículas fundamentales burbujearon de actividad creadora. La temperatura, inexorablemente alta en un principio, comenzó a descender. Las radiaciones causadas durante la inflación ocuparon cada rincón del espacio naciente, mientras las diferentes formas de materia y antimateria repentinamente desencadenaron violentos estallidos de energía hasta alcanzar el equilibrio millonésimas de segundo después.

Tras un suspiro cósmico, el caos primigenio ha cesado y las primeras formaciones atómicas recomponen la estructura de la realidad. El tiempo

transcurre implacable, y bajo su compás la gravedad comienza a establecerse como una fuerza determinante de aquel espacio—tiempo.

Surgen nuevos elementos, y con ellos formaciones fulgurantes que trazan el cosmos entero. Girando, colisionando, acariciándose mientras intercambian materia y energía, se crean minuto a minuto miles de millones de estrellas. Las acumulaciones de materia colapsan y se forman hermosas galaxias que navegan a través del vacío alejándose las unas a las otras en una danza infinita. Se crean planetas, desde gigantes gaseosos hasta frías orbes de piedra. Con indescriptible belleza; polvo cósmico, fotones, cuántares y asteroides; todos sin excepción, se mantienen en movimiento al ritmo de la sinfonía escondida detrás de las leyes de ese universo.

Allí donde antes no había nada; ahora todo vibra y todo brilla.

—¿Me vas a dejar jugar alguna vez? —preguntó Ella con un tono sarcástico.

Con una seña, Él le pidió que no lo interrumpiera. Su mirada permanecía atenta al tablero.

—Todavía no finaliza mi turno, lo sabes bien —señaló—. Aún me queda una jugada importante por hacer.

Ella miró hacia arriba, negó un par de veces y apuró con ademanes a su acompañante.

—Vamos —le dijo—. Está bien, te quedó todo muy bonito. ¿Qué más vas a colocar?

Ignorando las presiones, Él se alejó del tablero un poco para contemplar en pleno su creación, y con una sonrisa extensa escogió, entre todos los planetas, a uno verdeazulado que orbitaba de tercero a partir de su sol.

—Ahora, observa.

Manipulando el área de juego, se adentró en los mares agitados de aquel planeta y con un último y orgulloso movimiento, reconfiguró los elementos y las estructuras moleculares que allí proliferaban para engendrar una nueva pieza del juego.

—¡Oh! —exclamó Ella—. ¡Vida! ¿En verdad crees que no me lo esperaba?

—Por supuesto que no. Siempre juego igual cuando yo comienzo.

—Precisamente. No sé por qué haces tanta parafernalia si siempre vas a dar con lo mismo. Mi turno.

—Adelante —dijo Él, sereno.

Pero Ella no jugó de inmediato. Concentrada en el tablero, dejó pasar el tiempo. Los organismos unicelulares eventualmente se convirtieron en

complejas formas de vida. Producto de las presiones de la naturaleza de ese planeta, la vida se multiplicó y fue tomando diversos territorios. Las criaturas del mar conquistaron la tierra, cambiaron y se adaptaron. Con el tiempo, reinaron el mundo en la forma de lagartos terribles y gigantes.

Ciento sesenta millones de años después, Ella exclamó:

—Suficiente con las lagartijas estas.

Entonces tocó el tablero y lanzó un asteroide colosal contra el planeta, acabando con más de la mitad de las formas de vida existentes.

—Totalmente innecesario —dijo Él.

—¿Te parece? —preguntó su compañera con tono de burla.

De vuelta al tablero, la jugada permitió que la vida tomara otro curso, y los mamíferos lograron desarrollarse como especie. En particular, unos individuos comenzaron aprender de su entorno, se irguieron, y se impusieron como los animales dominantes.

—Ahora, para finalizar mi turno —indicó Ella, y palmeó el tablero con sutileza—. Les otorgaré el regalo de la *curiosidad*.

Él la miró con una mueca en el rostro.

—¿Sólo eso? ¿Curiosidad?

—Créeme, será suficiente para desarrollar su inteligencia y dominar como especie.

—Lo único que te interesa es el dominio, ¿Cierto?

Ella se encogió de hombros.

—Te toca.

En el área de juego, la incipiente humanidad fue creciendo, modificando su entorno y estableciéndose como civilización. Aprendieron a comunicarse. Aprendieron a cultivar y a criar a los demás animales. Se hicieron capaces de manipular el fuego, la piedra, y a forjar los metales. La condición humana rápidamente se impuso y con ella surgió la filosofía y la técnica, pero también la pasión, la envidia, las ansias de poder y finalmente la guerra.

Él supo, al meterse de nuevo en el juego, que una pieza clave faltaba en el terreno.

—Querida —dijo entonces—, centra tu atención, si eres tan amable; en aquel pequeño pueblo que los humanos llaman Nazaret...

Hacía calor.

Espesas gotas de sudor corrían a lo largo del rostro de Jesús, y las pocas ropas que llevaba en ese momento se le ceñían al cuerpo y le causaban escozor. El sol brillaba a lo alto y su luz se estrellaba justo en sus ojos, haciéndole entrecerrarlos para no enceguecer. Además, el calor que emanaba

el gentío ante él, el bullicio y los gritos, le hacían sentir la atmósfera más densa y opresiva. Aún así, agotado; con los brazos heridos por los amarres que le habían colocado los soldados romanos, y expuesto ante una multitud enfurecida, se mantenía sereno. En su mente, viajó de nuevo hasta el palacio de Caifás, donde el Sanedrín lo había juzgado con falsos testimonios:

—*Así es, tal como acabas de decir...* —le respondió al sumo sacerdote, cuando éste le ordenó que le dijera si él era El Hijo de Dios.

Caifás, ofendido, rasgó sus vestiduras ante todos los sacerdotes y lo acusó de blasfemo. El Sanedrín decidió que a la mañana siguiente sería llevado ante el procurador romano para exigir una condena.

Y allí estaba ahora, entregando su vida al albedrío de las autoridades judías y acusado de peores crímenes que los cometidos por Barrabás el bandido. Pero no los culpaba. Entendía que su cuerpo y su vida ya no le pertenecían, y aceptaba que el destino del Hijo del Hombre dependía ahora, única y exclusivamente, del Señor.

—*¿A quién quieren que deje libre, a Barrabás o a Jesús, llamado El Cristo?* —exclamó Poncio Pilato con voz estentórea—. *¿A cual de los dos quieren que deje libre?*

Entonces la multitud entera gritó el nombre de Barrabás.

—*¿Y qué hago con Jesús llamado El Cristo?*

—*¡Que sea crucificado!* —gritaron los sacerdotes judíos, y el resto de la gente apoyó sus reclamos.

Pilato, confundido por la insistencia irracional del tumulto, intentó interceder por Jesús, a quien sabía inocente, pero al encontrar inútil su esfuerzo, pidió agua y mientras se lavaba las manos frente al pueblo, dijo:

—*Yo no me hago responsable de la sangre que se va a derramar. Es cosa de ustedes.*

A lo que la multitud respondió:

—*¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!*

Jesús, de pie junto a Pilato, lo observó negar con la cabeza y ordenar la liberación de Barrabás. No es tu culpa; pensó Jesús, y lo perdonó por lo que vendría. Después de todo así lo había anunciado ya tres veces a sus discípulos. Pero no había nada por lo que temer, pues sabía que al tercer día todo cambiaría para siempre...

—*¡Eso fue cruel!* —dijo Ella, sorprendida por la jugada audaz de su compañero.

—Tal vez —dijo Él—, pero te aseguro que el curso de la humanidad se inclinará a mi favor a partir de este momento. Pequeñas acciones sobre un individuo pueden originar grandes cambios en la dinámica de ese mundo.

—Tú y tus sutilezas. Pero si así es como quieres jugar pues nada me impide que aplique la misma técnica. Vamos a ver, ¿Qué será lo que haga en mi turno?

Ambos se inclinaron sobre el tablero y observaron con detenimiento el transcurso de la partida. Efectivamente, a partir de ese instante la humanidad cambió y diferentes visiones de su propio mundo dieron origen a nuevas maneras tanto de vivir en paz como de vivir en conflicto. Mientras tanto, la curiosidad inicial que se había instaurado en lo más profundo de la mente de muchos humanos originó la necesidad de entender a cabalidad el funcionamiento de su entorno y de las leyes que lo gobernaban, conformándose así formas de pensamiento que poco a poco rindieron frutos entre quienes las cultivaban.

La civilización adoptó estructuras, reglas y preceptos, e impulsadas por la predominante política y la religión, las naciones se expandieron y los continentes fueron poblados, en muchos casos bajo la sombra de la guerra y la naciente tecnología.

—¡Ajá! —exclamó Ella de pronto cuando encontró el momento perfecto para su próximo movimiento—. Veamos qué sucede si digamos, agitamos un poco este prometedor continente.

Entonces rozó apenas un lugar específico del mundo para poner en práctica la jugada.

Era Jueves Santo, y mientras casi todos los habitantes de Caracas asistían a la iglesia a cumplir con sus obligaciones religiosas, Simón se encontraba ensimismado en la biblioteca de su casa, sentado ante el escritorio donde yacían muchos de sus libros y sus cartas.

El aroma dulce de un par de velas encendidas al fondo de la habitación pretendía servir como relajante ante los pensamientos intranquilos del Teniente Coronel, pero ni eso ni la familiar atmósfera de su biblioteca lograban apaciguar la infinidad de sensaciones encontradas que lo perturbaban en ese momento. Todavía podía percibir el olor de la pólvora y escuchar en su cabeza el tronido de los cañones que habían sido disparados inútilmente contra el Castillo de San Felipe, mientras las fuerzas de Monteverde comenzaban a tomar Puerto Cabello. Después de seis días de combate, y tras un ataque desesperado contra las puertas de la guarnición, se vio forzado a regresar a los barcos y escapar a duras penas, presa del fracaso.

Molesto, lanzó un golpe contra los libros apilados en el escritorio y estos cayeron al suelo desparramando consigo varias cartas y algunos mapas. Se puso de pie, y con las manos en la cintura caminó de un lado al otro dentro de la habitación. Le costaba aceptar el hecho de que las tropas realistas estaban ganando cada día más territorio. La declaración del cinco de julio de la Junta de Caracas estaba siendo mancillada y consigo la Independencia por la cual había soñado y jurado. Simón sabía que su inexperiencia militar en gran parte habían orientado la balanza hacia los realistas, pero también era cierto que las dificultades de Miranda por controlar las tropas habían tenido un costo para las fuerzas patriotas. La República se estaba perdiendo, y ni en su mente ni en su corazón podía encontrar la estrategia correcta para proceder ante tal evento inesperado.

Estando de pie en medio de la biblioteca, consumido por reflexiones, su alrededor se llenó repentinamente con un ulular grave y profundo que pareció provenir de todas partes. Entonces la tierra comenzó a agitarse y con ella la casa entera. Muchos libros cayeron de los estantes de la biblioteca, así como los cuadros que estaban colgados de las paredes. En un par de segundos las velas fueron a parar al piso muy cerca de una torre de viejos papeles. Alarmado, Simón reaccionó de inmediato y se lanzó como pudo sobre ellas para apagarlas, al mismo tiempo que evitaba ser impactado por los objetos que eran lanzados por el violento terremoto.

A trompicones salió de la biblioteca y corrió hacia la cocina para alertar a la servidumbre, pero estando ya a mitad del camino el movimiento disminuyó en intensidad hasta detenerse, al menos momentáneamente.

En cuestión de segundos el rugido de la tierra fue sustituido por el ruido escalofriante de los gritos. Preocupado, Simón salió a la calle para encontrarse con que las casas de la esquina de Las Gradillas estaban parcialmente destruidas, incluyendo la suya. Quienes no habían quedado sepultados bajo los escombros, se arrastraban adoloridos y sucios de cal y sangre. El llanto, la confusión y la desesperación se apoderaron rápidamente de la ciudad.

Simón, sin darle mucha importancia a su propio estado físico, se arremangó la camisa de seda y de prisa fue de casa en casa a ayudar a cualquiera que lo necesitase. Así, trepando sobre las ruinas y apartando las piedras a su paso, llegó a la Plaza de San Jacinto donde una multitud aterrada escuchaba las prédicas de un grupo de frailes que acompañaban sus palabras agitando los brazos en el aire con vehemencia.

—¡No cabe duda! —dijo uno de los frailes, mientras los otros asentían—
Todo esto es un castigo divino. ¡El Señor nos está castigando por nuestra osadía de irrespetar al Rey de España! La Provincia de Venezuela nunca debió separarse de su autoridad...

Al escuchar, indignado, las palabras del fraile, Simón se plantó frente a los presentes y eclipsando a los religiosos, pronunció con pasión un discurso donde explicó que lo ocurrido respondía solamente a un fenómeno natural, devastador y lamentable; y que el sismo no tenía nada que ver con las ideas religiosas o políticas de los seres humanos.

Para finalizar, con la mirada encendida y el semblante lleno de seguridad, exclamó:

—*Si la naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca...*

La multitud, aunque todavía temerosa, encontró consuelo en las palabras del ilustre personaje, pues sabían muy bien de quién se trataba.

—Pequeñas acciones... —dijo Ella, orgullosa.

Él observó el tablero, levantó la mirada para verla de reojo, y luego regresó su atención al terreno de juego.

—De no haber ocurrido lo que hiciste —dijo—, el futuro de ese pueblo habría sido totalmente diferente. Ahora, su lucha se extenderá por demasiado tiempo, se obstaculizará su progreso, y el continente entero pagará las consecuencias.

—Sutilezas —insistió Ella, sonriente.

Él negó con severidad y gruñó algo ininteligible.

—Veamos qué puedo hacer para arreglar un poco las cosas.

Y con profundo interés siguieron a aquella especie desenvolverse en los vaivenes de su propia historia. En instantes, la población terrestre creció tanto en número como en conocimiento, y siempre propulsada por su infinita curiosidad, la tecnología apuntaló el desarrollo humano. A su vez, las diferentes sociedades de ese mundo se establecieron al punto de definirse a sí mismas por las características que los distinguirían a los unos de los otros, para bien o para mal. Así como la pasión y los profundos sentimientos de amor, la capacidad para pelear y generar conflictos inevitablemente se enraizaron en la naturaleza humana.

—¡Qué desastre! —exclamó Él, consternado—. Veamos qué puede lograr un poco de luz en ese mundo.

Concentrado, ejecutó la jugada de su turno.

Caía el atardecer, y mientras la luz en el interior del improvisado laboratorio comenzaba a menguar, el tío Jacob se limpió el sudor de la frente con el antebrazo y soltó un suspiro. Dejó las herramientas en el enorme mesón

donde había estaba trabajando con Albert toda la tarde y con una sonrisa en el rostro le habló al muchacho, que lo miraba del otro lado con detenimiento.

—Suficiente investigación por hoy —dijo—. Creo que todavía falta mucho antes de que podamos poner a andar este experimento.

Entonces palmeó un par de veces el extraño artefacto que yacía sobre el mesón, como si se tratara de una mascota.

—Tal vez; tío, si entendemos mejor cómo funciona el sistema mecánico... —dijo Albert con timidez.

Jacob hizo un mohín con la boca y asintió con la cabeza.

—Tal vez, muchacho... Tal vez.

El tío Jacob tomó un trapo para limpiarse las manos y luego ayudó a Albert a bajarse de la silla.

—Ahora, ve a distraerte antes de que anochezca.

—El laboratorio me distrae, tío Jacob.

—Pero el laboratorio requiere esfuerzo y estudio. Ahora es momento que descanses. ¡Anda, muchacho!

Y con un ademán lo apuró fuera del lugar que con la ayuda de Hermann, el padre de Albert, habían construido junto a la casa.

Entusiasmado, Albert corrió a la casa y buscó en su habitación su amado violín. Luego regresó al patio y caminó despacio hasta el árbol que estaba a lo alto de la colina, justo antes de la cerca. Allí, se echó en la grama y descansando su espalda en el duro tronco, cerró los ojos y comenzó a tocar una melodía.

Las dos cosas que más disfrutaba en el mundo eran tocar el violín y estudiar matemáticas. Todo lo demás lo aborrecía. Odiaba la escuela y a sus compañeros de clase, tanto como odiaba a sus profesores. Sobre todo, a esos que le repetían constantemente que él *nunca llegaría a nada*. Afortunadamente, las clases de violín que desde pequeño le había dado su madre le habían ayudado mucho a sacar de su cabeza aquellos pensamientos desagradables. La música lo abstraía, lo inspiraba. Hacía que su imaginación corriera libre y se propagara como las ondas que generaban las cuerdas al vibrar.

Veinte minutos más tarde, cuando finalizó de ejecutar la pieza que él mismo había compuesto, abrió los ojos y contempló el disco solar que ya se encontraba muy cerca del horizonte. Amarillos y rojos se convertían en púrpura a lo alto del firmamento, y las primeras estrellas aparecían tenues tras las pocas nubes que vagaban sobre la ciudad. La hermosa imagen del sol hizo que Albert abriera la boca maravillado, y en un ejercicio mental, se imaginó el colosal viaje que la luz habría realizado desde la estrella hasta sus propios ojos.

Guiado por su curiosidad, se sumió en profundos pensamientos sobre la naturaleza de la luz. Entonces una pregunta inocente se forjó en el interior de su mente: *¿Cómo sería cabalgar un rayo de luz?*

A partir de ese momento; su imaginación y la necesidad de encontrar una respuesta a esa pregunta lo acompañarían siempre...

Orgulloso, Él se echó hacia atrás para contemplar mejor su obra.

—¡Inspirador! —se mofó Ella—. Verdaderamente inspirador pero...
¿Qué pretendes?

Del otro lado, Él la miró extrañado.

—¿Qué quieres decir?

—¿Acaso no te has dado cuenta de lo que estas haciendo? —preguntó Ella consternada—. No se supone que debemos enseñarles a ellos las reglas del juego.

—Fuiste tú quien les otorgó la curiosidad.

—Cierto, pero como ellos mismos dicen, la curiosidad mató al gato. La intención no era llevarlos a descifrar las reglas. Recuerda que son *nuestras* reglas.

—¿Tienes miedo de jugar?

—Por supuesto que no —afirmó Ella con un gruñido—. Simplemente me parece una jugada estúpida de tu parte. Bien sabes lo que podría ocurrir si ahondan demasiado en el asunto.

—Creo que te asustó un poco la capacidad de creación de ese humilde ser humano —se burló Él de nuevo.

Ella se agitó frente al tablero y apartó la mirada de él como tratando de ignorar sus palabras.

—Mas bien creo que debes ser responsable por tus acciones —dijo—. Si así lo quieres, me parece que tendré que recordarte que por toda acción existe siempre una reacción. Es una de las reglas, ¿cierto? Las causas generan siempre consecuencias. Permíteme mostrarte exactamente a qué me refiero, querido amigo.

Impetuosa, se inclinó sobre el tablero de juego y con un rápido movimiento aplicó su jugada. Segundo tras segundo, siguió de cerca el desarrollo de los eventos que produjeron justo el efecto que ella deseaba.

Como le era ya costumbre, el señor Satoshi se despertó muy temprano aquel lunes de agosto y aprovechando los primeros rayos de luz del amanecer, comenzó a ordenar las mesas, las sillas y los materiales del taller de madera

que utilizarían los empleados y los aprendices durante el resto de la semana. Acompañado por su gata Akito, fue barriendo con paciencia los restos de aserrín que permanecían incrustados entre las tablillas del piso. La gata, profundamente interesada en el cepillo, iba y venía detrás de Satoshi y le lanzaba un zarpazo a las fibras de vez en cuando.

Una vez Satoshi estuvo satisfecho, dejó el cepillo en el cuarto de limpieza y comenzó a abrir por completo las pesadas ventanas de cedro que rodeaban el taller de un extremo al otro. La brisa suave de la mañana que bajaba directamente del Monte Chausu; en el oeste, acarició el rostro correoso del señor Satoshi haciéndolo volverse para llenarse los pulmones con deleite. En el horizonte, una docena de tonalidades diferentes de verde se desparramaban sobre el monte, mientras en el pie de la montaña las pequeñas casas y comercios comenzaban a llenarse de vida.

Faltaba poco tiempo para que empezaran a llegar los empleados, y después de ellos, los aprendices que estaban bajo su tutela. Tras treinta años como maestro carpintero, su fama y reputación lo habían llenado de estudiantes ansiosos de aprender el arte y la técnica de Satoshi, y se sentía orgulloso por ello. Después de todo, para él resultaba un honor el tener la oportunidad de pasar su conocimiento a las nuevas generaciones que, sin duda, estaban resueltas a trabajar y luchar por el Imperio Japonés.

Girando despacio alrededor de sí mismo, dio una última ojeada a todo el taller y asintió con la cabeza, satisfecho. La gata, que un momento antes había estado caminando entre sus piernas, de pronto contorneó el lomo hasta formar un arco y se le erizaron los pelos. Nerviosa, salió corriendo del taller y se perdió en algún lugar del jardín que daba hacia la parte de atrás del terreno. Satoshi frunció el ceño extrañado, y pensando que la gata había huido por alguna razón, caminó hasta la entrada del taller y buscó entre las escaleras y el empedrado algún roedor o alimaña que la habría asustado. Entonces hacia el este y sobre el horizonte, un repentino estallido de luz se convirtió en un instante en una bola de fuego que fue creciendo y llenándolo todo con nubes incandescentes que parecieron brotar de las fauces de un dragón.

Satoshi entrecerró los ojos y se protegió el rostro con una mano, pero no pudo dejar de ver cómo aquel infierno empezó a convertirse en una gigantesca nube de humo gris que aprisa cubrió lo que sabía era el centro de la ciudad, muy cerca del Puente Aioi. Poco a poco, *como una masa de melaza burbujeante*, las llamaradas y las nubes oscuras tomaron la forma de un hongo colosal que ascendió lentamente hasta donde alcanzaba la vista.

Abrumado por lo que acababa de contemplar, las piernas del señor Satoshi flaquearon y por poco cae al suelo. Se llevó una mano al pecho y sintió el latir apresurado de su corazón, mientras se preguntaba qué extraño

poder había sido desatado. Ignorando por completo la naturaleza de la fuerza destructiva que se avecinaba, corrió hacia el empedrado para alertar al resto del pueblo, pero antes de que llegase si quiera al camino principal la onda de choque producida por la explosión nuclear lo alcanzó, lanzándolo a un lado junto con el resto de los árboles y las paredes del taller.

En cuestión de segundos, todo alrededor crujió como si la tierra se estuviese quebrando en pedazos, y luego las casas del pueblo ardieron, quemando consigo cualquier animal o humano que estuviese adentro.

Cuando todo terminó, una lluvia negra cayó sobre la ciudad de Hiroshima.

Además de la lluvia, los únicos sonidos que pudieron oírse en ese momento fueron el crepitar de la madera ardiente y los alaridos de los pocos sobrevivientes.

Él contempló la escena apesadumbrado.

Ya sabía bien que toda jugada de Ella tendría el único objetivo de sabotear su trabajo, pero nunca dejaba de sentir la misma pena por la manera como al final siempre se desenvolvían las partidas.

—Eres impulsiva, precipitada —se quejó.

—Creativa, diría yo —señaló Ella con un tono altivo—. Pero lo ocurrido no fue más que una respuesta a tu jugada. Como te dije ya, no se supone que abuses de su capacidad para conocer nuestras reglas.

—¿Y cual es el problema si lo hacen?

Ella se levantó sobre el tablero, molesta, y dio vueltas alrededor haciendo turbio el espacio que los envolvía.

—¿¡Cuál es el problema?! —exclamó—. ¡El problema es que eso podría acabar con nuestro juego! Y yo lo disfruto demasiado como para perderlo.

—Eres egoísta, entonces.

—¿Y es ahora que te das cuenta? Pensé que eras más inteligente... ¡Tu turno!

Entonces Él se ensimismó, repensando todas las jugadas de la partida. Tras un instante que duró una eternidad, decidió cambiar su estrategia de juego.

—Está bien. Si quieres ser agresiva, te daré agresividad. ¿Tienes miedo, verdad? Tienes miedo de perder tu privilegio como la única jugadora. Pues yo no. Yo soy justo, yo no tengo miedo de liberarlos.

—No eres capaz, te conozco —dijo Ella, confiada.

En respuesta, Él se agitó extendiendo toda su entidad sobre el tablero y movió las piezas indicadas para girar por completo el curso del juego.

Sorprendida por la acción repentina de su compañero, Ella trató de impedir la jugada pero su esfuerzo fue inútil.

—¡No puedo creer que lo hicieras! —le reclamó—. ¡Esto va a terminar todo! Va a terminar con el juego y va a acabar con nosotros...

—No lo hará —aseguró Él despreocupado—. Simplemente tendremos que jugar a un nuevo juego.

Finalmente Él, serio, observó cómo transcurrieron uno por unos los eventos.

Ella, ansiosa y llena de dudas, esperó el resultado ineludible de los acontecimientos.

El Doctor Aníbal Zimmer se encontraba solo en el laboratorio, recostado en uno de los escritorios mientras observaba las pantallas bioluminiscentes que desplegaban ante sus ojos los últimos datos recogidos por los sensores del *Atlas*. En la pared a su derecha, enormes pizarras electrónicas repletas de figuras y ecuaciones resumían el trabajo que habían venido realizando en el Gran Colisionador de Hadrones desde hacía ya quince años. Con profundo interés, el Doctor Zimmer analizó todos y cada uno de los números arrojados por el experimento y como le era ya costumbre, en su mente fue construyendo una imagen abstracta que le permitiría relacionar esos resultados con el trasfondo teórico que conocía a la perfección. Absorto, manipuló en su cabeza fuerzas nucleares y partículas fundamentales, verificando al mismo tiempo que los procesos no violaban las reglas de la matemática ni las leyes de la física. Tras unos minutos de ejercicio mental, se sorprendió al encontrarse divagando sobre ese universo extraño y maravilloso que se escondía en la escala subatómica.

No pudo evitar el dar un pequeño brinco cuando su colega, la Doctora Amanda Medrano, le palmeó el hombro y se recostó también en el escritorio junto a él.

—¡Amanda, qué susto me diste! —se quejó el científico.

La Doctora sonrió y se encogió de hombros.

—Pensé que me habías escuchado, mis tacones hacen eco en el laboratorio.

—Estaba pensando...

—¿Para variar?

Aníbal la miró de reojo y le mostró una mueca.

—Estaba viendo los resultados del Atlas y de pronto me perdí en pensamientos...

—¡Cuánta filosofía!

—¿Vas a dejarme hablar?

Amanda soltó una carcajada y luego hizo como si sellara sus labios con una llave.

—Pensaba en todo lo que ha ocurrido últimamente. Ya superamos los niveles de energía teóricos con los que fue diseñado el colisionador. Eso nos permitió detectar y descubrir al fin los Bosones de Higgs, y a partir de ese momento todo fue creciendo como una bola de nieve.

Entusiasmado por su trabajo, el doctor le recordó a su colega cómo sus resultados permitieron completar el Modelo Estándar, además de que fueron capaces de detectar materia oscura. Luego de realizar las actualizaciones de rigor a los sensores del instrumento de medición más grande del mundo, detectaron las primeras dimensiones superiores y las partículas supersimétricas. Gracias a ello, el trabajo teórico a nivel mundial se incrementó de tal forma que en menos de un año se replantearon la relatividad y la mecánica cuántica hasta el punto de formalizar casi en su totalidad una Teoría Unificada.

—Y ahora que observo los resultados de los últimos experimentos —dijo—, todo parece indicar que las predicciones de esa propuesta de unificación apuntan en la dirección correcta. ¿Te das cuenta de lo increíble que resulta todo esto? Una teoría unificada que nos permita explicar absolutamente todo lo que sucede en nuestro universo.

Amanda dirigió su atención a la pantalla y asintió con la cabeza.

—Así es. Ahora que lo dices, ciertamente ha ocurrido todo bastante rápido... Pero creo que es natural. Así es la ciencia: la experimentación nutre a la teoría, y viceversa. Nuestros resultados simplemente sirvieron como combustible a las investigaciones realizadas a lo largo del mundo.

Aníbal levantó una mano para rascarse el mentón.

—El asunto es que nunca dejo de sorprenderme. Veo todos esos números, las ecuaciones, la manera como trabajan entre ellas, como encajan unas con otras y actúan para explicar los sucesos de nuestro universo, y no puedo evitar el pensar en algo así como una danza cósmica. Como una sinfonía, o tal vez como un juego, un rompecabezas en donde las piezas son las leyes universales. Y lo más interesante es que hemos llegado a conocer tan bien esas leyes, esas reglas, que ya comenzamos a manipularlas. Ese entendimiento me hace ver al universo como el tablero de un juego, donde poco a poco iremos moviendo las piezas a nuestro antojo...

Amanda, sopesando las palabras de su compañero, guardó silencio por unos segundos.

—¿El juego de los dioses? —preguntó entonces la doctora, con la mirada clavada en su colega.

Aníbal giró un poco la cabeza y entornó una ceja.

—No lo digas demasiado fuerte —bromeó.

—Sin embargo... —agregó Amanda con un tono más bien de derrota.

—¿Sin embargo qué?

—¿Crees que basta con entender y manipular las reglas de ese juego, para resolver todos los asuntos de nuestra especie?

El doctor suspiró, giró su cabeza lentamente y observó una vez más los números y las ecuaciones contenidas en el interior de las pantallas.

Sumidos en un profundo silencio, los científicos de pronto se sintieron como pequeños peones dentro de ese gran juego.

LA TIERRA DEL CIELO SIN SOL

Cuando abrí los ojos, observé una gigantesca fuente de marfil cernirse sobre mí.

Rutilantes, un sinfín de escenas y criaturas estaban talladas en el duro hueso, de alguna manera contando una historia que llegaba a su inminente conclusión en el punto más alto de la escultura. Desde allí, agua cristalina corría por las columnas y recovecos, generando un rumor soporífero en su sinuoso descenso. Al llegar a la base el agua se tornaba de un azul intenso, alimentada por luz sobrenatural inmersa en lo más profundo.

De inmediato pensé que todo se trataba de un sueño.

Elevé mi rostro y seguí con la mirada las afiladas formas de la estructura, que apuntaban al cielo como señalando algo que debía ser contemplado a toda costa. En su cenit, el firmamento vibraba con la misma tonalidad del agua de la fuente, pero a pesar del brillante manto, no existía en él disco solar alguno. El cielo se mostraba homogéneo y ausente tanto del sol como de nubes.

Giré sobre mí mismo, y noté que aquella no era la única fuente del lugar. De hecho, todo mi alrededor estaba habitado por una sucesión infinita de fuentes idénticas, que descansaban una junto a la otra separadas por un ancho camino de parduscas baldosas. Las esculturas se perdían de vista sin importar la dirección a la que mirase, cada una con los mismos colores intensos, cada una desdibujándose mientras se abrían paso hacia aquel extraño cielo.

Intentando entender mi presencia en aquel curioso lugar, me miré las manos. Contra el surreal fondo resultaban grisáceas y apagadas. Más aún, los pantalones oscuros y la sencilla chaqueta negra que vestía parecían emanar ondas invisibles que tornaban opacas todas las superficies con las que se encontraban. A mis pies, la sombra de mi cuerpo muy lentamente crecía y envolvía el cerámico suelo como neblina que recorre un pantano, hipnotizándome con su movimiento.

Entonces escuché un sonido, un levísimo murmullo que provenía de algún lugar entre la multitud de esculturas. Di un par de pasos hacia donde creí identificar su origen y me detuve de nuevo para escuchar con más atención. Esperé unos segundos antes de oír otra vez el murmullo. Corregí el rumbo y esta vez di largas zancadas a través del monótono laberinto. A medida que avanzaba, el sonido se tornaba claro y su ubicación más precisa. En medio de mi caminar me sorprendí al notar que mientras me desplazaba, la

sombra a mis pies desaparecía, y sólo se hacía tangible de nuevo cuando me detenía por completo. ¡Qué extrañas leyes gobernaban ese mundo!, pensé.

Absorto en mi propia sombra, no fue sino hasta un tiempo después que pude darme cuenta de que el murmullo se había convertido en una clara voz femenina, tarareando a mis espaldas una dulce melodía.

Como una exhalación volví mi rostro para encontrarme con una figura que permanecía sentada al borde de una fuente, con los pies descansando dentro del agua. Al principio creí que su espalda estaba cubierta por un manto sedoso del mismo color del marfil, pero al acercarme a ella pude notar que realmente se trataba de su piel. Su cabello, rojo como brazas ardientes, caía en perfectos rizos sobre sus hombros desnudos. Como la repentina aparición de sus turgentes senos me lo hizo saber, la mujer estaba toda desnuda.

Me detuve junto a ella y por alguna razón entrecerré los ojos. Cuando levantó el rostro, mi cuerpo entero se estremeció como si por un millón de torbellinos hubiese sido azotado.

Ella era tan hermosa que causaba daño.

Las curvas de sus carnosos labios eran perfectas, los ángulos de su nariz precisos y delicados; y sus ojos, aquellos ojos como jamás había visto, mostraban fulgurantes matices de amarillo y rojo capaces de penetrarlo todo.

Entonces sonrió.

La belleza de aquella imagen me agujoneó tan fuerte que me desvanecí enseguida.

Cuando abrí los ojos de nuevo, observé el cielo ahora turquesa moteado por finas nubes.

Estaba acostado en el suelo muy cerca del lugar donde antes había encontrado a la hermosa dama. Me reincorporé rápidamente y busqué ansioso entre las fuentes aquella dolorosa pero irresistible imagen. Recordaba vívidamente la experiencia, el terrible sufrimiento que por un momento había sentido, pero no me importaba. Su belleza valía el sacrificio, y al fin y al cabo, no se podía morir en un sueño.

—Lo siento mucho —escuché a mis espaldas de pronto.

Despacio me volví y allí estaba, de pie frente a mí, con todo su ser cubierto por una manta que hacía juego con el turquesa del cielo. Una amplia caperuza ocultaba su rostro, dejando apenas lugar entre las sombras para los brillantes colores que perlaban sus ojos.

—¿Disculpa? —pregunté, decepcionado por contemplarla ahora tan cubierta.

—No quise hacerte daño. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien vino por aquí y, por un momento olvidé que causo dolor a quien me mira.

No encontré palabras para decir. Su presencia me había causado un dolor tan real como lo era el aroma que emanaba y me embriagaba. El tono de su voz era una caricia constante.

—No te preocupes, ya pasó —dije al fin—. ¿Cómo te llamas?

—Baelú —respondió, y el sonido de su nombre pareció corretear entre el infinito de marfil—. ¿Y tú?

Entreabrí los labios para responder y enmudecí. Mi mente estaba en blanco. No sabía mi nombre, o no podía recordarlo. Algunos recuerdos difusos revoloteaban en mi cabeza pero todos eran escenas aisladas y dispersas que en el momento no pude entender. Intenté ordenar mis pensamientos y buscar en ellos alguna referencia a mi pasado, a mi lugar en el mundo, pero el esfuerzo me fue inútil. Más allá de situaciones extrañas y hechos que como este parecían sueños, no podía justificar mi existencia.

—No lo sé... —dije atónito— No lo recuerdo.

Baelú suspiró.

—No importa... Te llamaré Quaerö.

Casi ignorando sus palabras, permanecí unos segundos en silencio, hurgando en lo más profundo de mi mente. Mi letargo fue interrumpido cuando Baelú dio dos pasos hacia mí y acercando mucho sus labios me susurró al oído:

—En serio, Quaerö. No importa.

Luego se agachó en el borde de la fuente y tras levantar un poco la manta dejó expuestos sus pies y los introdujo en el agua.

—Esto es un sueño ¿Verdad? —pregunté, insistiendo en mis propias dudas—. ¿Estoy soñando?

Baelú dirigió su rostro hacia mí pero la caperuza aún me impedía verlo.

—¿Un sueño? —preguntó, y algo en su tono de voz me indicó que sonreía.

—¡Tiene que serlo! —dije, y me arrodillé junto a ella—. Es decir, este lugar, ese cielo turquesa. Todas estas fuentes que se extienden sin final. Tú, todo... es la única explicación.

—¿La única? —Baelú agitó sus pies en el agua y de la espuma brotó un aroma dulce—. En realidad no sé de qué hablas. Este lugar es mi lugar. De aquí vengo y aquí vivo. Aquí he vivido siempre. De vez en cuando vienen personas como tú a visitarme, aunque no suelen quedarse por mucho tiempo. Cuando mi presencia se les hace insoportable, parten hacia el sur por el sendero de piedra, o a las montañas...

La dama levantó su mano y señaló hacia algún lugar del horizonte.

—¿Entonces estas fuentes no son infinitas?

Baelú agitó la cabeza.

—Por allá está el sendero de piedra que lleva al Pequeño Desierto. Hacia el este las montañas... Yo prefiero la Gran Fuente, que está muy cerca hacia el norte.

Miré alrededor incrédulo.

—Yo no veo ninguna montaña, ¿Cómo es posible...?

Baelú se encogió de hombros. Agitó de nuevo los pies en el agua y esta vez fue una melodía la que brotó de la espuma.

Recordé que en un sueño todo lo imposible y absurdo solía entremezclarse con lo coherente y verdadero. Negué con la cabeza y esboqué una sonrisa.

—Dices que tu presencia se le hace insoportable a los demás. ¿Es por eso que permaneces aquí sola?

—Tal vez, no lo sé. No puedo recordarlo... Pero esas cosas no importan. A veces recordar es inútil.

Fruncí el ceño. Aún cuando su exterior desbordaba alegría y belleza, sus palabras estaban acompañadas por la melancolía y la tristeza.

—¿Eso te hace sentir mal?

Soltó una risita.

—No... Otras veces recordar es bueno. En una oportunidad un hombre que llamé Giest me acompañó durante mucho tiempo. El era fuerte y cariñoso, y me hacía reír. Su voluntad era tan grande que llegó a ser capaz de sostener mi mirada por casi un día entero. El se convirtió en la persona más importante de mi vida.

—¿Y qué sucedió? ¿También partió al sur?

—No. Un día me robó un beso. Sus labios tocaron los míos, y por un par de segundos, los segundos más deliciosos que jamás existiesen, sentí toda su calidez en mi cuerpo. Entonces murió, presa de mí. Ya su cuerpo se lo llevó el viento, pero siempre lo recuerdo con felicidad.

Tragué saliva.

—¿Alguien te hizo eso? —pregunté al cabo de un rato—. ¿Alguien te hizo tan hermosa que hieres?

Baelú inhaló despacio y luego detuvo el vaivén de sus pies en el agua.

—Esa es otra pregunta que no puedo responder. No sé si nací así o si alguien lo hizo. No sé si algún día dejará de ser.

—¿Y no has hecho nada por averiguar las respuestas a esas preguntas?

La dama gruñó.

—¿Por qué te interesan tanto las respuestas?! —se puso de pie de un salto y caminó hacia el laberinto de marfil—. ¡Nada importa!

—¡Espera, Baelú! Discúlpame.

La dama se detuvo. La oí sollozar.

—En verdad lo siento —insistí—. No fue mi intención hacerte sentir mal.

Baelú se dio media vuelta y pareció enjugarse los ojos con las manos. Luego soltó una risita.

—Ya estamos a mano.

—¿Cómo?

—Hace rato te hice desmayar. Ahora tú me hiciste llorar. Ya estamos a mano.

Sonreí. Todo aquello comenzaba a resultarme fascinante. La experiencia era tan real y tan fantástica al mismo tiempo que abrumaba mis sentidos.

—Tal vez podría hacer el intento y quedarme contigo.

Baelú negó con la cabeza enérgicamente.

—No. Eres una persona de demasiadas preguntas. Tu debes partir hacia el sur, por el sendero de piedra y atravesar el Breve Desierto hasta el Hogar de Sophron.

—¿Sophron?

—Sophron tal vez pueda ayudarte. El posee mucho conocimiento, muchas respuestas.

Medité sus palabras.

—Entonces tal vez él sepa qué te sucedió... ¡Ven conmigo!

Baelú calló por un momento.

—Lo haría si pudiera —dijo al fin—, pero mi lugar es aquí, y de aquí no puedo salir.

Estuve a punto de preguntar por qué no podía salir, pero me abstuve de inmediato.

—En ese caso le preguntaré yo mismo y volveré para decirte.

—Tal vez lo hagas, pero sé que no regresarás.

—¡No! Te prometo que regresaré... ¿Por el sendero de piedra?

—Por allá, hasta el horizonte —señaló sobre mis hombros.

Asentí y después contemplé las ondas que el viento producía sobre la manta que cubría su cuerpo.

—¿Sabes algo? Estoy convencido de que todo esto se trata de un sueño, y como soy consciente de ello, tal vez pueda controlar lo que sucede. Si me permites verte, una vez más, estoy seguro que soportaré si así me lo propongo.

Baelú suspiró y bajó el rostro tras la caperuza. Luego la echó hacia atrás y dejó caer la manta. A pesar de mi esfuerzo, apenas un instante después mis piernas comenzaron a temblar y mi corazón a latir deprisa. Entonces una ráfaga de dolor punzante se esparció en mi interior. No pude más, así que me llevé las manos a la cara y me di vuelta. Lágrimas brotaron de mis ojos.

—Que te vaya bien, Quaerö —se despidió Baelú, con un tono esta vez agrídulce.

—Nos veremos pronto —le aseguré, y tras enjugar mis ojos caminé hacia el sendero de piedra sin mirar atrás, llevando conmigo la profunda cicatriz que el cuerpo y el rostro maravilloso de aquella mujer me habían dejado.

Al cabo de pocos minutos, las enormes fuentes desaparecieron y el sendero de piedra se fue llenando de fina arena. Me detuve estupefacto cuando observé una extensa llanura que se materializó ante mí. Hacia el este podía observar muy a lo lejos la silueta de una pequeña montaña, mientras que hacia el oeste el desierto se perdía de vista. La arena, de un color marrón pardo, estaba vetada y endurecida, y sus grietas se enrollaban hacia todas partes en grandes racimos. El cielo sin sol estaba ahora amarillento, haciendo casi indistinguible la línea del horizonte. Tras de mí, apenas se alcanzaban a ver algunas de las cimas de las fuentes de marfil, y el sendero de piedra estaba parcialmente oculto por la arena.

Contuve la respiración durante un largo segundo y con los ojos entrecerrados consideré una vez más aquel *Breve Desierto*, como Baelú lo había llamado. Por un momento dudé si sería capaz de atravesar toda esa nada, pero enseguida recordé la promesa que le había hecho a la extraordinaria dama. Por duro que fuese, mi deber era cumplir esa promesa. Además, no había manera de morir en un sueño. Lo peor que podía pasar era despertar, aunque eso no era algo que por el momento deseaba. Una fuerza intoxicante me motivaba a continuar. Quería seguir viviendo la experiencia y obtener respuestas a mis preguntas. Quería conocer todo sobre aquél sitio, todo sobre Baelú y esas personas de las que me había hablado, y más aún, quería saber cuál era mi lugar en esto, y por qué no lograba recordar mi nombre o mi pasado.

Antes de retomar el rumbo hacia el sur, clavé la mirada en el suelo y observé mi vibrante sombra: había detenido su crecimiento, pero permanecía agitándose de un lado al otro entre las grietas de la arena, visitándolas con timidez. Di un primer pasó y una vez más vi la sombra desaparecer. Al tercer paso tropecé contra una vieja cerca de madera que me llegaba a la cintura.

Extrañado, llevé la mirada al frente y retrocedí. El desierto y su lejano horizonte permanecían a mi alrededor inmutables; no había allí cerca alguna.

Me rasqué la sien y caminé otra vez. Al tercer paso tropecé de nuevo con la cerca, y tras ella un apagado bosque repleto de árboles secos ocultaba unas cuantas casas antiguas y descuidadas.

Enarqué las cejas y caminé nuevamente hacia atrás: allí reapareció el desierto en toda su extensión.

Entonces comencé a entender el por qué del nombre de aquel desierto. Esboqué una sonrisa y negué con la cabeza. En ese momento escuché con claridad el rítmico sonido de potentes pisadas que se dirigían hacia mí en un constante galopar.

Hacia el oeste, un jinete solitario montaba con rostro altivo una criatura fantástica de tres patas y dos cabezas. El animal desaceleró el paso y se detuvo a mi lado tras emitir con ambas fauces un gutural bramido. Intimidado por la criatura, retrocedí hasta una distancia que consideré segura. Sobre el animal, el jinete era un sujeto de piel tostada y líneas rectas en el rostro. El cabello negro le hacía juego con sus penetrantes ojos, aunque algunas canas plateadas comenzaban a aparecerle en las sienes. Iba vestido con una chaqueta verde oscura de tela gruesa, y pantalones negros del mismo material. En su pecho, sus hombros y sus piernas ribetes dorados y plateados daban cierto aire marcial a la indumentaria. De su cinturón colgaba algo semejante a una espada.

El sujeto elevó la comisura de la boca en una fugaz sonrisa y luego con un rápido movimiento se bajó del animal.

—¡Reciba mis saludos, viajante! —dijo, con una voz gruesa y enérgica—. Tal vez pueda usted serme útil.

Mire a mi alrededor en busca de alguien más que no estaba allí.

—¿Yo? —pregunté entonces, señalándome con el dedo índice.

—¡Sin duda! Permítame presentarme —el jinete extendió la mano en el aire y me enseñó su dorso, con los dedos en ángulo recto apuntando hacia abajo—. General Rebil, Supremo Comandante de las Fuerzas Aliadas de Los Mil Mundos y líder de la Emancipación Galáctica.

Abrí los ojos como platos y repetí el ademán.

—Eh, mucho gusto. Me llamo... Quærö —dije, sin tener más alternativa que emplear el nombre que Baelú me había dado.

—Encantado de conocerle, viajante —el General pintó en su rostro una sonrisa que inspiraba confianza—. Tengo al menos ocho horas cabalgando en mi fiel Abeló, y es usted la primera persona que consigo en el trayecto.

—¿Ocho horas? —pregunté sorprendido, y giré mi cabeza para contemplar el desierto en toda su extensión. Supuse que tal vez era *breve* sólo si se recorría en una cierta dirección.

—Así es, estimado Quaerö. Pero no tiene por qué preocuparse, estoy perfectamente acostumbrado a las duras experiencias. He combatido en más de una centena de batallas, me he enfrentado a los ejércitos más despiadados y sobrevivido a innumerables desastres naturales. Mi espíritu es combativo y mi voluntad para seguir incansable.

El General Rebil inspiró profundamente y llevó las manos al cielo en un elocuente gesto.

—El deseo de libertad es lo que hace latir a mi corazón. Los Mil Mundos me necesitan y la estabilidad galáctica depende de mis acciones. Es por ello que su ayuda resulta imprescindible.

»Con gran vergüenza debo decir que por un momento perdí el rumbo, y me adentré en el desierto en la dirección equivocada. Por lo tanto le pregunto, estimado Quaerö. ¿Dónde está...?

—¿Dónde está qué? —pregunté perplejo.

Rebil entornó las cejas y acercó su rostro al mío.

—¡La Guerra! Por supuesto... ¿Dónde está La Guerra?

Confuso, permanecí en silencio durante un largo minuto.

—Lo siento, General... La verdad es que no sé a cual guerra se refiere.

Rebil cambió su expresión a una de evidente asombro.

—¡La Guerra! ¿Acaso no la ha vivido, estimado Quaerö? Los Mil Mundos están siendo azotados por las tropas de Ungecnawen. El destino de la humanidad está en juego y sólo la unidad del Ejército Emancipador podrá defenderla. Sin mi dirección, mis hombres estarán perdidos. ¡Debo encontrar La Guerra!

De pronto el semblante del General se tornó sombrío.

—En verdad lo lamento, General —dije—. Vengo de un lugar repleto de fuentes de marfil donde vive una dama llamada Baelú. Ahora me dirijo hacia el sur, al Hogar de Sophron. En mi camino no he encontrado a más nadie, y menos aún, me he topado con ejércitos o batallas.

—¿Y no ha visto nada que le indique hacia dónde está La Guerra? ¿Ninguna noticia, ningún pueblo saqueado o ciudad arrasada?

Negué con la cabeza.

Rebil se llevó las manos a la cintura y se acercó a la criatura llamada Abelo, que descansaba acostada en el suelo unos metros más allá.

—¡Soy un guerrero! —masculló—. Soy un guerrero y mi lugar es en La Guerra. ¿Cuánto más ha de pasar hasta que encuentre mi lugar?

El General Rebil parecía abatido.

—La dama Baelú, ¿Sabrá indicarme el camino?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Pero me dirijo al Hogar de Sophron en busca de respuestas a mis propias preguntas. Él es sabio y tal vez sepa dónde se encuentra La Guerra.

—¿Sophron? —dijo despacio, como saboreando la palabra—. ¿Y dónde se encuentra Sophron?

—En el sur, en algún lugar después de este desierto. Creo que pasando el bosque.

Pensativo, el guerrero miró al horizonte entrecerrando los ojos.

—Si existe algún bosque ha de estar muy lejos. ¿Esta usted seguro de que Sophron podrá indicarme el lugar del conflicto?

De nuevo, negué con la cabeza.

—Este lugar se me hace tan extraño como a usted...

—Sin embargo, debo seguir. No puedo permitir que se pierda la batalla.

El General Rebil apretó los puños con fuerza y tiró de las riendas de Abelo. La criatura se sacudió y se puso de pie, permitiéndole al sujeto subir en ella.

—Cabalgaré al Hogar de Sophron, y de allí hasta el fin del mundo si es necesario. Abelo es fuerte y puede llevar a dos. Si lo desea puede acompañarme.

Observé a la criatura y al General que soberbio la montaba. En medio del desierto, la imagen del hombre y el animal pareció pintada sobre un lienzo, como si alguien tratara de perpetuar en el aire, el espacio y el tiempo, aquel instante.

—Agradezco su ayuda, pero si le acompaño sólo retrasaré su viaje. Sin mí sobre él, Abelo correrá más rápido.

Rebil asintió lentamente y levantó la comisura de la boca.

—Entonces le deseo suerte en su viaje, Quaerö.

—A usted. Espero que consiga el camino que busca.

El General sonrió y luego tiró de las riendas de la criatura para dirigirla hacia el sur. Juntos se marcharon dejando una estela de polvo a su paso. Aún alcanzaba a verlos cuando tras comenzar a caminar el bosque se materializó frente a mí poniendo fin al Breve Desierto.

Enseguida la temperatura descendió, y una brisa enrarecida acarició mi rostro. Altos árboles, grises y espesos, ocultaban casi todo el cielo. El silencio del desierto fue sustituido por el crujir de las hojas secas y el inquietante rumor de furtivos insectos. Muy cerca, unas cuantas casas hechas de ladrillo y

barro bordeaban una pequeña plaza y una carretera. En todas partes eran evidentes los rastros del abandono.

Me froté los brazos con las manos y me adentré en aquel pueblo que parecía haberse materializado de la nada.

A pesar de la brisa perenne, las ramas de los árboles permanecían inmóviles, así como las puertas abiertas de las viejas casas. En todas partes reinaban colores apagados y deprimentes. La belleza de las fuentes de marfil y la vastedad del Breve Desierto contrastaban por completo con este paraje austero. El bosque alrededor y la lúgubre arquitectura del lugar resultaban perturbadores.

Al llegar a la carretera me detuve, y busqué entre las casas algún indicio de un camino que se dirigiese al sur, pero al parecer no había allí nada más que la plaza principal y las casas que la circunvalaban. Me llevé las manos a los bolsillos buscando aplacar el frío que mi chaqueta no era capaz de enfrentar, y caminé un tanto apresurado hacia la plaza. Una vez allí, sentí que el pueblo entero me engullía. Absolutamente todo lo ocurrido hasta el momento había resultado fantástico y extraño, pero esta vez algo me inquietaba.

La belleza de Baelú tal vez era sólo comparable con el paisaje formado por las fuentes de marfil con sus aguas azules y su cielo infinito. El Breve Desierto, enorme e imponente, complementaba la actitud guerrera y retadora del General Rebil. Cada personaje, aún con sus toques de elocuencia o locura, parecía fundirse a la perfección con su entorno. De modo que este pueblo oscuro debía resguardar algo o alguien tan siniestro como él mismo. Concluí que lo más indicado sería salir de allí y evitar convertir a aquel sueño en una pesadilla.

Recorrí el perímetro de la plaza en una fútil búsqueda de un camino oculto hacia el sur. Únicamente la carretera parecía conducir a alguna parte, pero en la dirección opuesta a la que me dirigía. Tragué saliva y con calma comencé a atravesar la carretera esperando encontrar en algún lugar un cartel o una señal que me indicase la ruta a tomar.

Entonces algo reptó a mi izquierda y después el mundo se desdibujó fugazmente.

Al despertar, desorientado, mi mente se tomó un par de minutos en interpretar las sensaciones que me azoraban. Las difusas imágenes que llegaron a mis ojos me señalaron que yacía en el suelo de lo que parecía ser un sótano, con los brazos atados por las muñecas con una gruesa cuerda, así como los tobillos trenzados con otra soga que me sujetaba a su vez a una columna de madera en medio de la habitación.

La parte trasera de la cabeza y el costado del torso me dolían terriblemente. A duras penas logré sentarme, apoyando la espalda en la columna central. Cuando al fin mis ojos enfocaron del todo y se adaptaron a la precaria iluminación, me mostraron una escena escalofriante: de las paredes colgaban bizarros artefactos de metal retorcido que brotaban de lo más profundo de la tierra y las piedras en ella. Algunos de los extraños objetos, extendidos desde el borde del suelo hasta el cielorraso, estaban manchados con lo que parecía ser sangre aceitosa.

Del otro lado de la habitación, recostado junto a una de las paredes húmedas, se manifestó un sujeto que me miró inmóvil, tan quieto que por un momento pensé que no respiraba. Sólo su parpadear me hizo saber lo contrario.

El sujeto ocultaba parte de su cara tras mechones rubios que caían de su cabeza. Vestía una franela de leñador percutida y unos jeans rotos que de alguna manera le permitían mimetizarse con el fondo.

Entonces sonrió y comenzó a acercarse.

Mi corazón latió de prisa y como un reflejo condicionado mis manos trataron de zafarse de las cuerdas que me hacían prisionero.

Enseguida el sujeto estuvo sobre mí trayendo consigo un putrefacto aroma.

—¿Tienes miedo? —preguntó, pronunciando despacio cada sílaba de la última palabra.

Detuve mi lucha y me apreté contra la columna.

—No tengas miedo —dijo, haciendo oscilar los mechones de su cabello frente a su rostro.

—¿Quién eres? ¿Por qué me haces esto? —brotó de mi boca con voz trémula.

El sujeto torció los labios y se sentó en el suelo junto a mí, descansando las manos sobre las piernas.

—Mi nombre es Occisor, y te hago esto porque soy un asesino.

Tragué saliva. Para ser un sueño, el miedo que sentía me resultaba bastante real y profundo.

—Yo no... yo...

—Tranquilo. Dije que no debes tener miedo. Ninguna de mis víctimas ha sufrido nunca. Lo he hecho tantas veces que he adquirido experiencia. Podría desmembrarte sin causarte dolor.

Tras los mechones de su cabello los ojos azules y vidriosos de Occisor brillaban con excitación, inyectados en sangre. Al parecer, pensé, lo hermoso y grandioso de este mundo se había quedado atrás con la dama Baelú y el General Rebil. Todo indicaba que había llegado el momento de despertar.

Cerré los ojos y apreté los dientes con fuerza.

—¿Qué haces? —escuché decir a Occisor al cabo de unos segundos.

—Intento despertar —dije, con los ojos aún cerrados.

—¿Intentas qué? —exclamó el asesino.

—Intento despertar pues este sueño se está convirtiendo en una pesadilla. Todo iba muy bien hasta que apareciste, hasta que apareció este horrible pueblo.

Occisor espetó algo ininteligible.

—¿Acaso crees que estas soñando? —preguntó luego.

Abrí los ojos lentamente, y para mi infortunio Occisor seguía allí.

—Todo esto ha sido un sueño. Ahora deseo despertar.

Occisor se puso de pie y soltó una carcajada.

—Eres gracioso, amigo. Tal vez pienses que se trata de una pesadilla pero no es así. Soy tan real como tú, así como este pueblo y todos los que lo habitaban.

En mi mente relampagueó la imagen del pueblo abandonado.

—¿Acaso... Acaso mataste a todos los que vivían aquí?

El sujeto sonrió orgulloso.

—Obvia conclusión, amigo. Soy un asesino. ¡Un gran artista! y esta es mi obra —giró sobre sí mismo y agitó las manos como intentando espantar insectos que no existían—. El pueblo es mi museo, y cada casa una exposición.

Occisor se rascó la cabeza.

—Ahora que lo pienso, te traje hasta aquí sin mostrarte antes mis obras. Supongo que me apresuré.

De la nada sacó un cuchillo largo y oxidado y tras hacerme a un lado cortó mis ataduras.

—No intentes nada estúpido, amigo. Camina.

Indicó con la punta del cuchillo la única puerta visible de la habitación.

Por un momento pensé en atacarlo y luego correr, pero deseché la idea de inmediato. Si habría de escapar, primero tenía que conocer el camino hacia el sur, fuera de aquel desagradable bosque. Además, aquella casa podía resultar ser un laberinto que sólo Occisor sabía sortear.

Despacio, caminé hacia la puerta.

Dejamos atrás las bizarras formas de metal y sangre y caminamos por un húmedo corredor apenas iluminado por esquivos rayos de luz que se colaban desde el otro lado.

Occisor me indicó que tomase la siguiente puerta a la izquierda y allí encontramos otra habitación muy similar a la anterior, pero esta repleta de velas encendidas.

—Otro lugar de exhibición, preparado para una próxima víctima — dijo—. Por la siguiente puerta.

Atravesamos otro pasillo y subimos unas escaleras que nos llevaron a la sala principal de la casa. La grisácea luz del exterior se escurría por la puerta entreabierta y por las disperejas ventanas. Apenas un sofá y una cocina descompuesta decoraban el lugar.

—¿Vives aquí? —pregunté, ahora un poco calmado pues Occisor había guardado el cuchillo y su actitud resultaba menos amenazante.

—Aquí, allá... Todo el pueblo es mi hogar. Vayamos afuera.

Salimos de la casa y regresamos a la plaza.

—¿Nunca has viajado mas allá del bosque, hacia el desierto?

Occisor volvió su rostro en mi dirección y se llevó el cabello hacia atrás con las manos. Sus facciones se habían suavizado y aquel horrible aroma que despedía había desaparecido.

—¿Para qué? —preguntó.

Me encogí de hombros, dándome cuenta de que no sabía cómo lidiar con psicópatas de mundos sobrenaturales.

—Ven conmigo —dijo entonces, y caminó hacia una de las casas más grandes del pueblo.

Al llegar a ella, sostuvo la puerta para que yo entrara.

Cuando lo hice, ahogué un grito e intenté regresar, pero Occisor me detuvo bloqueando la puerta.

—¡Observa! —exclamó con los ojos inyectados en sangre.

Al igual que en la habitación dónde me había tenido cautivo, las paredes de esta casa estaban perforadas por retorcidas y afiladas figuras de metal que sobresalían en todas direcciones. El decorado adicional eran al menos una docena de cabezas humanas que pendían de las figuras, algunas atravesadas por los ojos y otras sujetas desde el cuello.

—¡Dios, estás loco! —dije, haciendo un duro esfuerzo para no vomitar.

Occisor rió.

—Todos los genios están locos.

Me tomó por el hombro y me llevó hacia una de las cabezas.

—Fíjate en ella —dijo—. Observa la sangre que brota de sus ojos y recorre sus mejillas como lágrimas. Date cuenta que las gotas están suspendidas en el aire como estalactitas. Estoy seguro de que te estás preguntando cómo logre ese efecto.

Miré por un segundo.

—¡Por Dios, era una mujer! —estallé.

Me aparté del sujeto y caminé hacia la puerta, asqueado.

—Amigo, no vayas tan lejos —dijo Occisor con voz serena, pisando mis talones.

Salí de aquel horrible lugar y me eché en la tierra fría que precedía a la entrada de la casa.

—Eres un enfermo... Un maldito enfermo.

—¿Enfermo?! Estás equivocado, amigo. ¡Soy un artista!

—¡Eres un asesino! —grité—. Un maldito asesino que cree estar haciendo arte, pero... ¿Por qué lo haces? ¿Qué motivos tienes para hacer algo tan horrendo en este lugar que estoy seguro alguna vez fue hermoso?

Occisor frunció el ceño.

—¿Motivos? —preguntó confundido.

Negué con la cabeza y me puse de pie, dispuesto a confrontarlo.

—¿Por qué...?

—Porque soy un artista...

—¡Un artista pinta, escribe, hace música! —interrumpí de un grito.

—Pinto con su sangre, escribo con sus vísceras y hago música con sus gritos.

Sostuve su mirada, desafiante.

—¿Qué representas en este mundo? ¿Quién te convirtió en un monstruo? ¿Por qué asesinas? —pregunté, casi en susurros.

Occisor hundió el mentón en el pecho.

—En verdad no lo sé —dijo entonces—. Sé que puedo matar, sé que soy bueno haciéndolo, pero no sé por qué lo hago. Simplemente no puedo evitarlo.

De pronto un par de lágrimas surgieron de sus ojos. Retrocedí lentamente, sorprendido por completo.

—Toda mi vida, desde que puedo recordar, sólo he deseado matar. Y tenía el pueblo entero para hacerlo. Jamás me detuvieron, jamás escaparon. Siempre esperaron, cada quien su turno. Al principio era lento y burdo. Luego aprendí a hacerlo hábilmente y sin causar mucho sufrimiento. Algunos veían con horror, y otros con morboso interés. A veces me preguntaban por qué lo hacía, y jamás encontraba respuesta.

—¿Y qué sucedió cuando acabaste con todos?

—Esperé, hasta que apareció un visitante. Y luego otro, y otro, y otro... A todos los maté.

—Sin razón alguna.

—Y por eso estoy perdido. Soy un asesino sin motivos, un efecto sin causa. No importa cuanto hurgue en mi mente, no logro encontrar una explicación; y eso me hace miserable.

Lo miré ahora con desprecio.

—Suicídase, entonces.

—¿Y dejar este mundo sin encontrar esa explicación? —dijo, y así surgió alguien más que deseaba respuestas.

—Tal vez yo pueda ayudarte —dije, centelleando los ojos, sopesando una alternativa que podría librarme de las garras de aquel asesino.

—¿Cómo? —preguntó Occisor dubitativo.

—Si me dejas ir, y me indicas el camino al sur, iré al Hogar de Sophron y le preguntaré sobre ti.

—¿Sophron?

—Es una persona que posee mucho conocimiento. Yo voy en busca de mis propias verdades pero si lo deseas le hablaré de ti y te traeré sus respuestas.

Los ojos de Occisor parecieron iluminarse por un instante.

—¿Cómo confiar en ti, después de lo que has visto aquí? Vas a escapar y nunca regresarás.

—Tal vez; pero en ese caso, al menos tendrás un motivo verdadero para ir por mí y acabar con mi vida.

Interesado, el asesino abrió los ojos como si repentinamente le hubiese sido concedida una profunda revelación. Luego se mojó los labios con la lengua.

—Cruza la plaza y sigue la carretera hasta que llegues al bosque. Luego continúa caminando sin mirar atrás.

—Pero la carretera no dirige al sur.

—Sólo has lo que he dicho.

Asentí repetidas veces y comencé a alejarme del sujeto con cautela.

—Espero verte pronto, amigo —escuché a mi espalda—. De lo contrario, me aseguraré de convertirte en una pieza única, de exhibición permanente en medio de la plaza del pueblo.

Un escalofrío me hizo estremecer. Redoblé el paso y me adentré en el bosque, tal cual Occisor había dicho.

En ningún momento miré atrás.

Aquel lugar de ensueño parecía estar repleto no sólo de belleza y fantasía sino también de innumerables misterios.

Aún con su singular hermosura, cada uno de los personajes que había conocido de alguna manera estaban atrapados bajo sus propias inseguridades y frustraciones, como si una fuerza invisible los motivase a la tristeza. Y todos ellos daban la impresión de estar perdidos, como yo me suponía en aquel momento.

Sin embargo, en mi mente la confusión había cedido su lugar a la aceptación. Si se trataba de un sueño, era sin duda el más vívido, extraño y

excitante que jamás tuviese. Del profundo placer y dolor, producto de la inolvidable Baelú, había sido transportado al más grande terror. En un tiempo inconmensurable todas las sensaciones imaginables habían invadido mi humanidad, y a pesar de ese estallido de emociones, nada era capaz de despertarme de aquel sueño, o bien hacerme recordar sobre mi verdadera realidad. Así que continué caminando en busca de explicaciones, pues no quedaba nada más.

Y nada más pude observar al rato.

El espeso bosque había ennegrecido hasta formar ante mí oscuridad total. La brisa estaba ausente. Todo era negro, tanto el cielo como el suelo...

De pronto, a lo lejos, brilló una luz.

Al principio resultó difícil de determinar de qué se trataba, pero luego aparecieron más de estas luces, hasta formar la clara silueta de una ciudad cerca del horizonte. Después, el cielo se llenó de estrellas y constelaciones de todos los tamaños y colores. Me detuve anonadado. La cantidad de luz proveniente del cielo y la ciudad fueron suficientes para dejar ver mi sombra viviente, que latió una y otra vez, como intentando traducir en movimientos el palpitar que generaba en mi corazón aquella imagen nocturna.

Súbitamente fui expulsado de mis reflexiones cuando dos figuras pasaron corriendo a mi derecha: eran jóvenes que corrían frenéticos hacia la ciudad.

—No hay tiempo que perder —dijo un tercer muchacho que se detuvo a mi lado y acompañó sus palabras con una sonrisa.

Luego, continuó su camino.

Segundos después; docenas de personas, cientos de seres extraordinarios, poco a poco fueron apareciendo en el lugar, todos con la mirada fija en aquella ciudad. Mujeres, hombres, niños y ancianos. Incluso entidades fantásticas con rasgos escasamente humanos, marchaban con determinación hacia el mismo destino.

—¿Qué sucede, adonde van? —pregunté a un sujeto que pasó junto a mí.

—¡Al Hogar de Sophron! —dijo exaltado—. ¡Todos tenemos dudas!

Enarqué las cejas. Si había de esperar mi turno, ¿cuánto tiempo más duraría todo esto?

Sacudí la cabeza y caminé aprisa, haciéndome lugar entre la multitud.

A medida que nos acercábamos a la ciudad, la algarabía aumentaba y los rostros de excitación se multiplicaban. La euforia fue suficiente para contagiarme y hacerme sonreír como un niño y correr alocado.

Cuando al fin mis pies tocaron el duro asfalto de las primeras calles de la ciudad, la multitud se dispersó y se perdió entre las avenidas y los callejones del lugar. Al principio sólo un angosto callejón me indicó el

camino. Cuando salí de él, toda una metrópolis de concreto, vidrio y faros multicolores me bañó por completo.

Los enormes rascacielos se perdían de vista confundiendo con el cielo estrellado. Las calles y avenidas eran recorridas por un sinfín de transeúntes y vehículos como desesperados glóbulos rojos en el torrente sanguíneo. Luces halógenas, incandescentes, fluorescentes y bioluminiscentes generaban un popurrí electromagnético que era acompañado por la cacofonía proveniente de todos los rincones de la ciudad.

Inmerso en ese abrumador escenario, me pregunté qué debía hacer ahora. ¿Era este el Hogar de Sophron? Si ese era el caso, ¿Cómo encontrarlo en semejante laberinto?

Me restregué los ojos unos segundos y luego reanudé mi caminar.

Al llegar donde finalizaba la acera y comenzaba el asfalto, un taxi salió de la nada y se detuvo justo enfrente de mí chirriando las llantas.

—¿Dónde te llevo, muchacho? —escuché desde el interior del pálido vehículo.

Me agaché junto a la ventana del copiloto y miré adentro. Tras unas gruesas gafas de pasta negra, un sujeto de rostro cálido me observaba sonriente. Su piel oscura ocultaba gran parte de las arrugas que surcaban su frente y sus ojos, y a su vez contrastaba con el espeso cabello blanco que era rematado a los costados de su cabeza con gruesas patillas que terminaban cerca de su mentón. Su dentadura perfecta brillaba como lámpara de neón.

Miré a los lados preguntándome de dónde había salido. Luego volví mi atención al sujeto y me encogí de hombros.

—Eh, me dirijo al hogar de Sophron... ¿Sabe donde queda? —me rasqué la cabeza.

El taxista afirmó con un movimiento de cabeza y cerró los ojos.

—¡Por supuesto, muchacho! Todo el mundo conoce a Sophron.

—¡Excelente! —dije, sin dudar para tomar el asiento trasero.

El taxista ajustó el retrovisor y luego apretó el acelerador para hacerse un lugar entre los demás vehículos que pululaban en todas partes.

—Así que vas al hogar de Sophron, ¿Eh...? ¿Cómo te llamas, muchacho?

Una vez más hurgué en mi mente mi verdadero nombre pero me fue inútil.

—Algunos me llaman Quaerö —aseguré con un suspiro.

El sujeto asintió despacio.

—Ya veo... Al parecer Sophron es muy popular en esta ciudad. Todo el mundo desea visitarlo. Estoy seguro de que tienes preguntas para hacerle, ¿cierto?

Sostuve su mirada en el retrovisor.

—¿Cómo lo sabe?

—Siempre se trata de preguntas cuando solicitan a Sophron. Siempre se trata de dudas.

—Al parecer él tiene todas las respuestas. Supongo que por eso lo buscan.

El taxista movió la cabeza de arriba abajo y masculló algo entre dientes. Detuvo el vehículo tras un semáforo en rojo y luego espero paciente a que la luz cambiara, tamborileando los dedos sobre el volante. Cuando el semáforo titiló en rojo, siguió derecho unos veinte metros y luego cruzó hacia la izquierda para adentrarse en la autopista, una recta infinita de tal vez más de veinte canales en cada dirección. De pronto nos encontramos rodeados de docenas de otros vehículos.

—¿Está muy lejos, mi destino? —pregunté con la mirada aún puesta en la gigantesca autopista.

—Si te refieres al hogar de Sophron, no. En unos minutos llegaremos. Pero dime, pareces forastero. ¿Acabas de llegar a estos parajes?

Regresé mi mirada al retrovisor.

—Puede decirse, sí. Vengo del norte, y no conozco nada de esta ciudad.

—Ya veo. La verdad es que es una ciudad grande. Si no se tiene cuidado uno puede perderse dentro de ella, y no lograr salir jamás. Pero es un buen lugar para vivir, sobre todo si no se tiene idea de dónde viene uno ó hacia dónde va.

—¿A qué se refiere? —pregunté con vacilación.

El taxista se encogió de hombros.

—Después de visitar a Sophron, muchos deciden quedarse a vivir en la ciudad, aunque la verdad pienso que no tienen más remedio. Otros deciden regresar, insatisfechos con lo que obtuvieron aquí. Sólo unos pocos logran llegar más allá de las fronteras de la ciudad.

—¿Y qué hay más allá de las fronteras?

El taxista sonrió y llenó el retrovisor de una luz cegadora.

—Ya llegamos muchacho.

Me sobresalté. De un momento al otro la autopista había dejado de existir para dar paso a una tranquila calle iluminada con luces amarillentas que pendían a lo alto sostenidas por un poste invisible. Del otro lado de la acera unas pequeñas escaleras servían de entrada a un edificio sencillo y de arquitectura moderna.

—¿En qué momento salimos de la autopista?!

—Tomamos el distribuidor principal hacia la avenida y luego la calle paralela hace unos dos minutos.

Entrecerré los ojos. La sorpresa rápidamente desapareció. Todo era posible en sueños así que ya comenzaba a acostumbrarme a los caprichos de ese mundo.

Me llevé las manos a los bolsillos en busca de efectivo.

—¡Oh! —murmuré—. Creo que no...

—No te preocupes, Quaerö. Yo invito, por tratarse de un nuevo cliente.

Me mordí el labio inferior.

—Gracias.

El taxista sonrió cerrando los ojos.

—Toma las escaleras —dijo cuando salí del vehículo, señalando en dirección al edificio—. Segundo piso, tercera puerta a la derecha.

Eché un vistazo al edificio y luego regresé mi mirada al atento taxista.

—De nuevo te lo agradezco, eh... —arrugué el rostro en un gesto de duda.

—Sophron. Me llamo Sophron —dijo, y después se perdió entre las calles dejando una estela de humo y risas.

Confundido, permanecí inmóvil unos minutos, enfrentando al edificio que aquel taxista llamado Sophron había dicho era el Hogar de Sophron.

Tras pasar por el umbral de la puerta, las aletas de mi nariz se agitaron sin control al percibir el fuerte olor a moho y humedad que provenía de las paredes. Si bien el exterior del edificio era moderno y bien acabado, por dentro todo parecía tener cientos de años de antigüedad. Fruncí el ceño confundido y busqué en el área de la recepción las escaleras más cercanas. Sólo el fuerte tronar de mis pasos sobre el viejo piso de madera vencía al immaculado silencio que impregnaba todo el lugar. El bullicio del exterior había quedado atrás, haciéndome sentir protagonista de un enfrentamiento entre mi persona y el edificio entero.

Al fondo del pasillo rechinantes escaleras me llevaron al segundo piso, y entonces todo fue diferente: no habían allí puertas, ni recovecos, tan sólo un largo y monótono corredor de paredes blancas, iluminadas por una sucesión de rígidas lámparas fluorescentes. Sin tener nada con qué distraerme caminé hacia el otro extremo del corredor. Tras andar un rato, la palidez de mi alrededor se tornó tan invariable que aún cuando estaba seguro de que me desplazaba, parecía no moverme en absoluto, así que me detuve dubitativo y contemplé el suelo.

Allí reapareció mi sombra, que por un momento se mostró desorientada. Luego dejó de vibrar y se relajó para comenzar a crecer en todas direcciones. Cuando su oscura tonalidad alcanzó el borde de la pared blanca a mi derecha, retrocedió de un salto como si hubiese sido alcanzada por una fuerte corriente

eléctrica. El extremo opuesto de la sombra se detuvo justo antes de tocar la pared.

La circunferencia que era mi sombra se desdibujó y formó una cuña que señaló hacia el final del lejano del corredor. ¡Qué extraña criatura era aquella sombra! pensé, ¿O extraña era la criatura que la formaba?

Me tallé los ojos y tuve sueño, pero luché contra él. Ahora no era el momento para detenerse a descansar y tal vez despertar involuntariamente.

Continué caminando a paso apresurado durante un tiempo que se hizo eterno, hasta que el corredor terminó en una escalera ascendente, como una imagen especular de la primera que tomase.

Mientras subía dando ligeros saltos con la vista clavada en los escalones, una figura se abalanzó sobre mí y tropezamos por accidente. Levanté la mirada y me encontré con el rostro tostado del General Rebil. Sonreí, pero este no pareció reconocerme. La expresión de su cara era nula, indescifrable. Aquella intensidad que había visto en sus ojos había desaparecido.

—Disculpe, General —dije, palmeando su hombro.

Rebil negó con la cabeza e hizo un ademán con sus manos.

—Disculpe usted, caballero.

Luego continuó descendiendo las escaleras con la vista perdida en la nada.

—¿General? —pregunté extrañado, pero el sujeto desapareció de mi vista enseguida.

Llegué al segundo piso lleno de desconfianza y dudas.

Un corredor similar, esta vez de paredes totalmente negras, se extendía a ambos lados hasta el infinito. Sin titubeos caminé a mi derecha hasta encontrar dos únicas puertas. Me detuve en la segunda y golpeé la superficie con los nudillos un par de veces.

El sonido se repitió en una docena de ecos.

Cuando iba a levantar mi mano para tocar por segunda vez, la puerta se abrió y tras ella el afable taxista, Sophron, me recibió con su irreal sonrisa.

—¡Quaerö, bienvenido! Adelante, por favor.

Inhalé y exhalé despacio antes de entrar en la habitación.

El lugar era pequeño, iluminado por cálidas lámparas de luz amarilla y decorado con muebles de tonos marrón y verde oliva. Había allí una vieja biblioteca repleta de libros rústicos y revistas. También un televisor anticuado, una radio de transistores y una chimenea donde yacían maderos chamuscados. Los amplios ventanales del otro lado del departamento mostraban el horizonte y la noche perlada de estrellas. Curiosamente, la vista no era obstruida por ningún otro edificio.

En medio de la sala, un esponjoso sofá y unas butacas que hacían juego rodeaban a una mesita rectangular.

—Toma asiento –invitó Sophron señalando el sofá con la mano.

El sujeto vestía ahora una franela blanca y un pantalón que alguna vez había sido negro. También calzaba pantuflas de cuero sobre medias de algodón verde. Parecía dibujado armoniosamente para combinar con el resto de la habitación.

Me senté en el sofá y tamborileé los dedos sobre su suave superficie. Abrí entonces la boca para hablar pero Sophron me interrumpió:

—Vienes en busca de respuestas.

Apreté los dientes. De pronto no encontraba qué decir.

—Todos vienen en busca de respuestas. Bien, al menos la mayoría.

Sophron se sentó en una de las butacas frente a mí.

—¿Estoy soñando? –brotó de mis labios.

—¿Tú que crees?

—Creo que es un sueño, pero... Diferente a cualquier otro. No puedo controlar lo que sucede como muchas veces hago en mis sueños, ni tampoco puedo entender las leyes de este mundo. Más aún, no puedo recordar mi verdadero nombre, o quién soy en realidad.

—Tal vez no puedes recordarlo porque no quieres. O tal vez no puedes porque simplemente no hay nada que recordar.

—¿A qué te refieres?

—Debes imaginar que vives un sueño pues este mundo es ajeno a todo lo que crees lógico o real, ¿no es cierto? Dime algo, ¿De dónde vienes, qué has conocido?

Sin objetar el hecho de que Sophron había ignorado mi pregunta, reviví los hechos recientes en mi mente en un segundo.

—Mi primer pensamiento lo ubico en el lugar de las fuentes de marfil. Allí conocí a Baelú. Ella me dijo que te buscara. Atravesé el Breve Desierto y allí me topé con el General Rebil, a quien acabo de ver hace un rato en las escaleras. El tenía sus propias dudas así que le dije que aquí podía conseguirlas. ¿Qué sucedió con él? No me reconoció, y parecía perturbado.

—No todos aceptan la realidad de sus propias vidas con entusiasmo.

—¿La realidad de sus propias vidas?

—Así que conociste a la bella Baelú. Supongo que aún no se decide a venir hasta acá ella misma. Pobre chica.

—¿Qué le sucedió? –pregunté, recordando mi promesa—. Ella vive muy triste en ese lugar. Muy triste y muy sola. Prometí que le llevaría respuestas.

—Así como le prometiste a Occisor.

—¿Cómo lo sabes?
Sophron torció la boca en una ligera sonrisa.
—¿Acaso no viniste a mí en busca de respuestas? Sí es así entonces supones que lo sé todo.
—¿Y lo sabes todo?
—Occisor ya debe haber acabado con todo el pueblo. Tuviste suerte de salir de allí con vida.
—¿Por qué evades mis preguntas?
—No evado tus preguntas, Quaerö. Tú te evades a ti mismo.
—Acabo de preguntar si lo sabes todo. No me diste una respuesta.
Sophron suspiró y entrecerró los ojos.
—Todo no, pero lo suficiente.
—¿Lo suficiente para qué?
—Lo suficiente para dar respuestas a las preguntas de todos ustedes, visitantes que de tanto en tanto aparecen a mi puerta tratando de entender qué son, dónde se encuentran y a dónde van.
Aquel sujeto comenzaba a irritarme.
—En ese caso deberías responder las preguntas sin rodeos. Me iré y no te molestaré más.
Sophron cruzó los dedos entre sí y se los llevó detrás de la cabeza.
—No me molestas... Es mi razón de ser aquí.
—Entonces, ¿Vas a responder? ¿Vas a decirme si estoy soñando o no? ¿Vas a explicarme por qué no recuerdo nada de mi pasado?
Sophron clavó la mirada en el techo y se mordió el labio inferior.
—Esto no es un sueño, Quaerö. Este mundo es tan real como la realidad, no importa cuan absurdo y fantástico haya sido todo lo que has vivido hasta ahora.
—¿Pero cómo puede ser real? ¿Qué me dices de ese lugar de las fuentes de marfil? No existe nada así en el mundo. ¡Menos aún guerras planetarias en los Mil Mundos!
—Dije que este lugar era tan real como la realidad. No dije que este lugar *fuera* la realidad.
Arrugué el rostro, totalmente confundido.
—Quaerö, este lugar sólo existe en la mente de alguien, y la imaginación no tiene leyes, ni límites. No conoce lo absurdo ni lo imposible.
—¿La imaginación?
—Si conociste a Baelú con seguridad fuiste víctima de su fatal belleza. ¡Cuán triste debe sentirse! ¿Cómo ha de vivir una mujer que siendo tan hermosa no puede ser contemplada por nadie? Mucho menos tocada, sentida y amada.

»¿Y qué me dices del General Rebil? Pobre sujeto, un famoso guerrero, cuyo único propósito es luchar, pero no tiene idea de dónde está la guerra... ¡Y Occisor!, el asesino que mata sin motivos. ¿Acaso no te das cuenta de que todos ellos son historias incompletas?

Me removí en el asiento.

—¿Historias incompletas?

—Historias incompletas como tú y yo.

—No sé a qué te refieres.

—Por supuesto que no lo sabes. No sabes si esto es un sueño o es una cruel fantasía. No sabes tu nombre, ni tu pasado. No entiendes por qué tu sombra vive y se comporta como lo hace. No sabes nada porque acabas de ser desterrado a este mundo donde habitan los personajes inconclusos.

Sophron suspiró y se puso de pie.

—Baelú, Occisor, yo. Los parajes que has conocido y los paisajes que has visto. Todo es producto de la imaginación. Somos personajes e historias que brotaron en la mente de algún escritor, de algún poeta o cuenta cuentos de la realidad. Nuestras características son tan distintas como la creatividad lo permite, pero todos compartimos algo en común, Quaerö.

Mis ojos se humedecieron.

—En algún momento, por alguna razón, nuestro creador nos olvidó, o nos echó a un lado, y no terminó nuestras historias. Este mundo que ves, estos muebles, esas paredes, esos edificios. El Breve Desierto, las Fuentes de Marfil, todos son escenarios que constituyen un cuento o una novela que jamás fue terminada.

»Baelú, con su belleza hiriente. Interesante personaje que por alguna razón quedó estancada en sus propias inseguridades, tal vez como una representación de las inseguridades del autor... El General Rebil, quien ciertamente ha librado numerosas batallas, de pronto se encontró perdido en su camino emancipador. ¿Es esa guerra real, verosímil, o es un subproducto informe de su propia mente? Y Occisor, el artista de la muerte, sembró el terror en su pequeño pueblo mientras las manos del escritor lo moldearon en numerosas páginas, hasta que la inspiración se fue, y con ella la razón de vida del personaje.

No creía sus palabras, pero aún así mi cuerpo se estremecía ajeno a mi control.

—Y tú, Quaerö. Tú eres el protagonista de tu propia historia... Y eres interesante. No te dieron pasado, o no pensaron en tu pasado. Pero sí te hicieron un ser racional, siempre en busca de respuestas satisfactorias. Por esa razón te cuesta tanto entenderme, entender lo que estoy diciendo. ¿Cuál fue tu castigo? Darte una misteriosa sombra que parece tener vida propia, que

aparece allí sólo cuando te detienes. Una sombra que interactúa con el mundo y que destruye cualquier explicación racional que puedas darle. El hombre lógico y cerebral que es inevitablemente enfrentado a lo sobrenatural.

»Lamentablemente tu historia, tu trama, no llegó a nada. Entonces apareciste aquí, y aquí permanecerás siempre, a menos...

La habitación se llenó de un espeso silencio, aunque sus extrañas palabras todavía resonaban en mi cabeza. No podía creerle, me negaba. Cerré los ojos e intenté desaparecer de allí, irme lejos, regresar junto a Baelú, o despertar. Me esforcé en despertar y regresar a la normalidad. Fue inútil. Sophron permanecía allí, con sus gafas de pasta apuntando al techo del departamento.

—Dijiste *a menos*... ¿A menos que qué? —pregunté.

—A menos que el autor retome tu historia, se interese de nuevo en ti y te termine.

Sentí el sabor de la bilis en mi lengua.

—¿Ha pasado antes?

Sophron tardó en asentir con la cabeza.

—Un par de veces, pero hace mucho de eso.

Me llevé las manos a los ojos. Luego me levanté del sofá y caminé alrededor de la habitación. Me detuve junto a la chimenea, apoyando mi cabeza en la pared lateral.

—No puede ser cierto, Sophron. Todo esto, tú y yo —agité mis manos en el aire—, todo es tan fantástico. Los colores, los aromas, las sensaciones...

—Todas ellas reales para quienes vivimos aquí. Los paisajes que viste, y muchos otros que conocerás, varían en su belleza y profundidad como la descripción misma que los creó. Por supuesto también habitan acá las malas ideas, los párrafos confusos o las personalidades mal construidas. Este mundo es vasto, y quizá nunca llegues a conocerlo todo.

Nuevamente cerré los ojos, en un último intento por hacerme despertar.

—¿Y qué hay de ti, Sophron? —pregunté al cabo de un rato, tras agotar todo esfuerzo—. ¿Cómo sabes todo eso que me has dicho? ¿Acaso el autor te lo dijo? Si vives acá, tu historia debe estar tan incompleta como la mía.

El viejo borró de su rostro la expresión cálida que llevaba hasta ese momento.

—Yo sé todo porque ese es mi personaje. Soy el hombre que adquirió todo el conocimiento y que sabe todos los caminos, inclusive los que van más allá de esta realidad. Conozco al autor porque el autor me hizo conocerlo. Intentó encontrar en mí las respuestas a sus propias preguntas, pero una vez más se perdió en su laberinto...

Sophron dirigió sus ojos hacia mí, pero su mirada parecía atravesarme. Permaneció en silencio.

—Pero eso no es todo, ¿Cierto? —dije, rompiendo el silencio—. Si tuvieras todas las respuestas, si conocieras todos los caminos, si pudieses entender tan bien como dices al autor, hallarías la manera de salir de aquí, lo obligarías a terminarte.

El viejo sonrió.

—Así es. Conozco todas las respuestas, menos una. Y mientras siga ignorando eso, me será imposible salir. Ese es el ancla que me sujeta a esta realidad.

—¿Y qué es aquello que desconoces? —pregunté, fulminando al viejo con la mirada.

Sophron regresó la atención al techo. Entonces entendí que en realidad miraba al cielo que a los lejos, nos envolvía.

—No sabes por qué el cielo no tiene sol —afirmé.

—Ni por qué la noche carece de luna —agregó.

Me encogí de hombros.

—¿Acaso importa, en este mundo de fantasía?

—Tal vez no para ti, pues estas naturalmente lleno de dudas. Pero para mí es una tortura. La duda, la incertidumbre, la incapacidad para encontrar una respuesta me hacen miserable... Es triste y frustrante, como lo es el mundo para Baelú, para Occisor, para ti. O para el autor, incapaz de terminar una obra...

Y así como Sophron, la habitación se sumió en silencio, un silencio tan profundo que sólo era capaz de escuchar a mis pensamientos. Pero no quería oírlos. No quería oírlos porque ya comenzaba a aceptar las revelaciones del viejo Sophron. La confusión y la duda en mi interior empezaban a disiparse dejándome desnudo e indefenso ante esa realidad. ¡Qué juego macabro! Saberse a sí mismo incompleto y perdido desde el mismo momento de su creación, huérfano de un motivo.

La verdad me produjo náuseas.

—¿Qué hay de Baelú? —pregunté en voz alta, sin dirigirme realmente a Sophron—. Le hice una promesa, debo volver a ella pero...

—Pero Occisor irá tras de ti si no le das respuestas. Y si lo llevas a ella, la matará.

—¡Jamás creará mis palabras! Aún si repito las tuyas...

—Como puedes darte cuenta, tu vida en este mundo acaba de comenzar. Aún cuando no tengas un verdadero pasado y no entiendas el por qué de tu existencia, tienes la oportunidad de hacerte un futuro. Escapa si quieres, o

encuentra un camino distinto de vuelta con Baelú. Tal vez puedas aprender a soportar su belleza.

Apreté los puños hasta tornar blancos mis nudillos y me acerqué al viejo.

—¿Sabes cómo hacer frente a su poder, verdad?

—Lo sé, pero no me corresponde decirlo. Tu tiempo ha terminado y es hora que comiences tu propio camino. Así ha sido con todo y todos, desde el principio. Si tienes suerte, tal vez —Sophron bajó la mirada, se quitó las gafas y se enjugó los ojos—, algún día terminen tu historia. Entonces encontrarás el camino fuera de aquí...

Una extraña sensación, un escalofrío difuso y escurridizo, recorrió mi cuerpo entero. A mis pies, la sombra viviente vibraba tímida, hasta cierto punto temerosa de la otra sombra que proyectaba Sophron hacia ella.

—¿Y eso es todo? —mascullé, apenas abriendo la boca para hablar.

El viejo se limitó a asentir con la cabeza.

Miré la ventana al final de la habitación y contemplé el horizonte y las estrellas que salpicaban la noche. Ellas formaron el rostro de Baelú, y luego el del General y el de Occisor. ¿Cuántos personajes más conocería en esta prisión de ideas?

Me di la vuelta y caminé hacia la puerta.

—Supongo que nos veremos de nuevo, afuera en el taxi —señalé.

—Y en todas partes de la ciudad. Recuerda, es el Hogar de Sophron —escuché a mis espaldas.

Cerré la puerta de un manotón y permanecí un minuto inmóvil en medio del corredor, con los ojos cerrados y los puños todavía apretados. Cuando abrí los ojos de nuevo, la sombra viviente latía con ritmo.

—Vámonos —le dije, haciéndola desaparecer cuando retomé el camino a las escaleras.

Al ir bajando, tropecé otra vez con una figura que venía en dirección contraria. Se trataba de un muchacho joven. Su rostro reflejaba serenidad y su mirada delataba una mente llena de sueños. Tras disculparse por el incidente, se acomodó a sí mismo planchando con sus manos los jeans y la franela sencilla que llevaba. Luego esbozó una sonrisa y continuó su rumbo hacia el piso superior. Por alguna razón sentí que lo conocía.

Sin duda, pensé, era su turno para obtener respuestas. Sentí pena por él.

Salí del edificio, y al hacerlo noté que comenzaba a amanecer. El cielo se tornó púrpura y las estrellas poco a poco se desvanecieron. El rumor de la ciudad creció y las calles se llenaron con millares de seres y personas. Los cristales de los rascacielos lanzaron destellos multicolores que invadieron todos los rincones como alocados arco iris. Apaciguando mi mente con el

recuerdo de la hermosa Baelú y mi promesa, me adentré en la ciudad todavía sin rumbo definido. Ingenuo, muy en el fondo una súplica encendió una llama interna que alumbró poco:

—Termíname –susurré—. Recuérdame, retómame... ¡Termíname!

Y así comenzó mi vida, prisionero de la imaginación en aquella tierra del cielo sin sol y de la noche sin luna.

ÍNDICE

| | |
|------------------------------------|----|
| Introducción | 4 |
| Primer contacto | 6 |
| 5 P.M. | 19 |
| Gajes del oficio | 26 |
| El ritual del infante muerto | 31 |
| Deus ex machina | 34 |
| El juego de los dioses | 42 |
| La tierra del cielo sin sol | 56 |

Ronald Delgado. Venezolano (Caracas, 1980). Licenciado en Física de la Universidad Central de Venezuela. Escritor de ciencia ficción y fantasía. Publica su primer relato en 1997 en el semanario *Urbe*, seguido por una serie de publicaciones en revistas electrónicas como *Axxón* (Argentina), *Alfa Eridiani* (España), *NGC3660* (España), *Necronomicón* (Venezuela), entre otras. Ganador, con un relato de ciencia ficción, del 3er lugar del *1er Concurso de Relatos Eróticos: Sexo para Leer* (2007) de la *Revista Urbe Bikini*. Participante de la *IV Semana de la Nueva Narrativa Urbana* (2009) e integrante del *Taller de Expresión Literaria – Narrativa* (2010) de Monte Ávila Editores. Ganador del 1er lugar del *2do Concurso de Relatos de Ciencia Ficción – La Cueva del Lobo* (2010). Autor de los libros de cuentos *El despertar de Meganet* (Alfa Eridiani, España) y *Réplica* (Fondo Editorial del Caribe, Venezuela). Ganador del *VII Premio Andrómeda de Ficción Especulativa 2011* (España), en la categoría relato.